

VENTO ORIENTALE



DEL

LAS
RVINAS
MOLINO

Cobos

LE-3572



BIBLIOTECA

DE

CUENTOS ORIENTALES

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE

ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA

CATEDRÁTICO DE LITERATURA ARÁBIGO - ESPAÑOLA EN LA
UNIVERSIDAD CENTRAL

VOLUMEN VIII

LAS RUINAS DEL MOLINO

BIBLIOTECA
DE
CUENTOS ORIENTALES

PRIMERA SERIE

El visir resucitado.

El principe que todo lo dió.

El herrero y el califa.

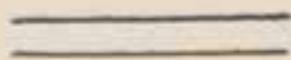
Los cuatro talismanes.

¡Los muertos vuelven!

¡Guisantes! ¡Guisantes!

Las promesas del ingrato.

Las ruinas del molino.



Don. del
Editor.

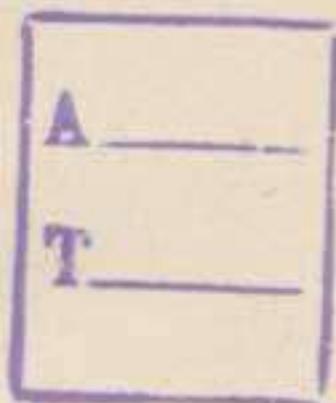
CUENTOS ORIENTALES

P. 2 pto.

LAS RUINAS DEL MOLINO

PRIMERA EDICIÓN

CON CENSURA ECLESIASTICA



MADRID

E. MAESTRE. — EDITOR.

CALLE DE LAS POZAS, 12.

TELÉFONO 13713.

1930

APROBACIONES

NIHIL OBSTAT

DR. JESÚS GARCÍA COLOMO,

Censor.

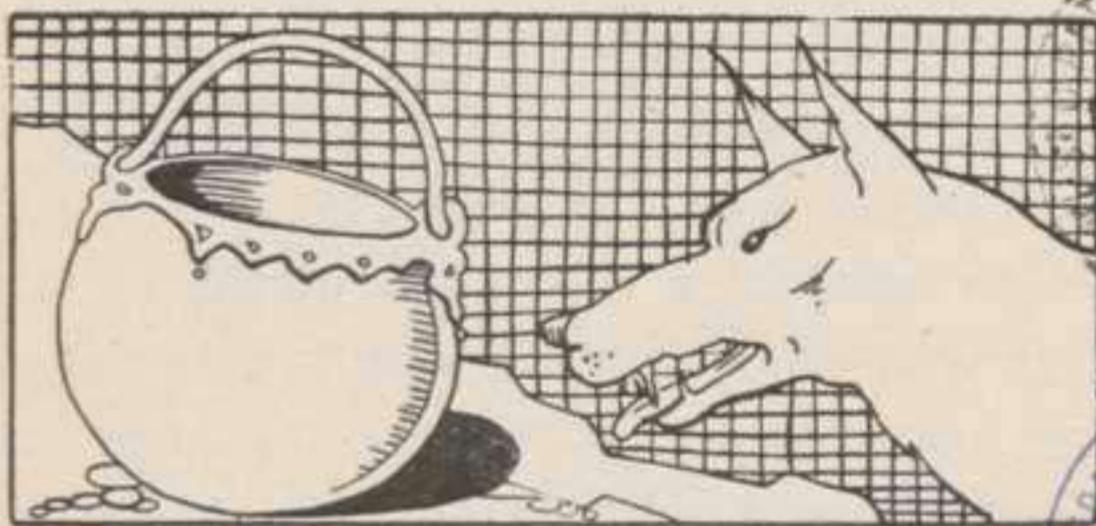
IMPRÍMASE

DR. J. FRANCISCO MORÁN,

Vic. General.

Madrid, 23 de noviembre de 1929.

ES PROPIEDAD



LAS RUINAS DEL MOLINO

JUNTO a la casa de un hombre acomodado y en desahogada posición vivía otro bastante pobre. Éste arrastraba una vida tristísima, lleno de estrecheces y de dificultades, sin poder casi nunca disponer de lo más preciso para la subsistencia de su familia. No era extraño que la mujer del Pobre tuviese cuenta de los días en que su vecina, la mujer del Rico, hacía el pan, y procurase, con cualquier pretexto, entrar en la casa de éstos a las horas en que salía el pan

Inspirado en *Los vecinos rico y pobre*, de «Cuentos, leyendas y epopeyas populares de Armenia, traducidos o adaptados», por F. Macler. París, 1928.

del horno, y lograr que le dieran una hogaza, como es costumbre hacer con todo vecino o amigo que llega a las casas en tal ocasión.

Pero como tales visitas se repitiesen con frecuencia que a la mujer del Rico le pareciese excesiva, un día, cuando la Pobre entraba en casa de su vecina, con intención de recibir el obsequio del pan, la Rica se indignó y con malas formas insultó a la Pobre, diciéndole:

— ¿Qué has supuesto? Mi marido trabaja de día y de noche, no duerme ni descansa, y tú crees que es para vosotros. ¡Que trabaje tu marido! ¡Que haga algo! ¡Que no se esté siempre mano sobre mano y bien descansado!

La pobre mujer, llena de vergüenza y confusión, salió corrida y fué a contar a su marido lo que la Rica le había dicho. El infeliz se afligió extraordinariamente. Largo rato estuvo pensativo, con los ojos fijos en el suelo y la cara oculta entre las manos, reflexionando qué haría. Incorporándose, preguntó a su esposa:

— ¿Hay algún pan en casa?

— Uno queda — contestó la mujer.

— Tráelo — dispuso rápido el marido.

Y tomando el pan, lo cortó en cinco pedazos. Dió uno a su mujer, otro a cada cual de sus tres hijos y el otro se lo guardó. Y, sin decir palabra, salió de su casa.

Empezó a caminar, a caminar sin norte fijo, y anduvo todo el día, hasta que llegó la oscuridad de la noche. Encontrábase entonces al pie de las ruinas de un molino abandonado, y pensó que lo mejor sería refugiarse en aquellas ruinas para pasar allí la noche, donde estaría mejor que a la intemperie. Penetró en aquel lugar solitario, y, después de reconocer minuciosamente todos los rincones, acabó por acostarse en el sitio que había sido harinal del molino.

Al filo de la media noche se despertó y no tardó en observar que llegaban al molino algunos huéspedes poco agradables. Una Zorra, un Lobo, un Oso, fueron entrando, uno después de otro, con corto intervalo de tiempo.

— ¡Estoy bien aviado! — se dijo el Pobre —. Estas fieras me devorarán sin tardar.

Y procuró estar inmóvil, para no dar ocasión a que lo descubrieran.

La Zorra empezó a ventear en varias direcciones, diciendo:

— ¡Por aquí huele a hombre! ¡Por aquí huele a hombre!

— ¿Olor a hombre? — preguntaron, burlescos, sus compañeros el Lobo y el Oso —. ¡Tú estás loca! ¿A qué ha de venir el hombre por estos parajes solitarios? ¿Qué tiene que hacer aquí? Tranquilízate y no digas tonterías.

La Zorra se calló, temerosa de que siguieran burlándose de ella; sentáronse los tres y comenzaron a charlar.

— ¿Qué has hecho hoy, hermanita Zorra? — preguntó el Oso?

— ¡Mal día! — respondió la interpelada —. Allá abajo, cerca de la casa de campo, me subí disimuladamente sobre un árbol, al pie del cual andaban dos gallinas hermosísimas picoteando y escarbando. Muchas veces creí llegado el momento de atraparlas, pero siempre había uno u otro habitante de la granja, y no pude lograrlo; después de mucho rato de esperar, me vieron los de la casa y salieron con ánimo de cazarme, por lo cual tuve que huir a la desesperada para no caer en sus manos. Y a todo

el andar que mis patas me han permitido, me fui a mi cueva, la que está al pie del piño de la fuente, donde tengo enterrada una olla de oro; y para refrescarme de la caminata me he restregado unas cuantas veces en la hierba, y allí me he estado descansando.

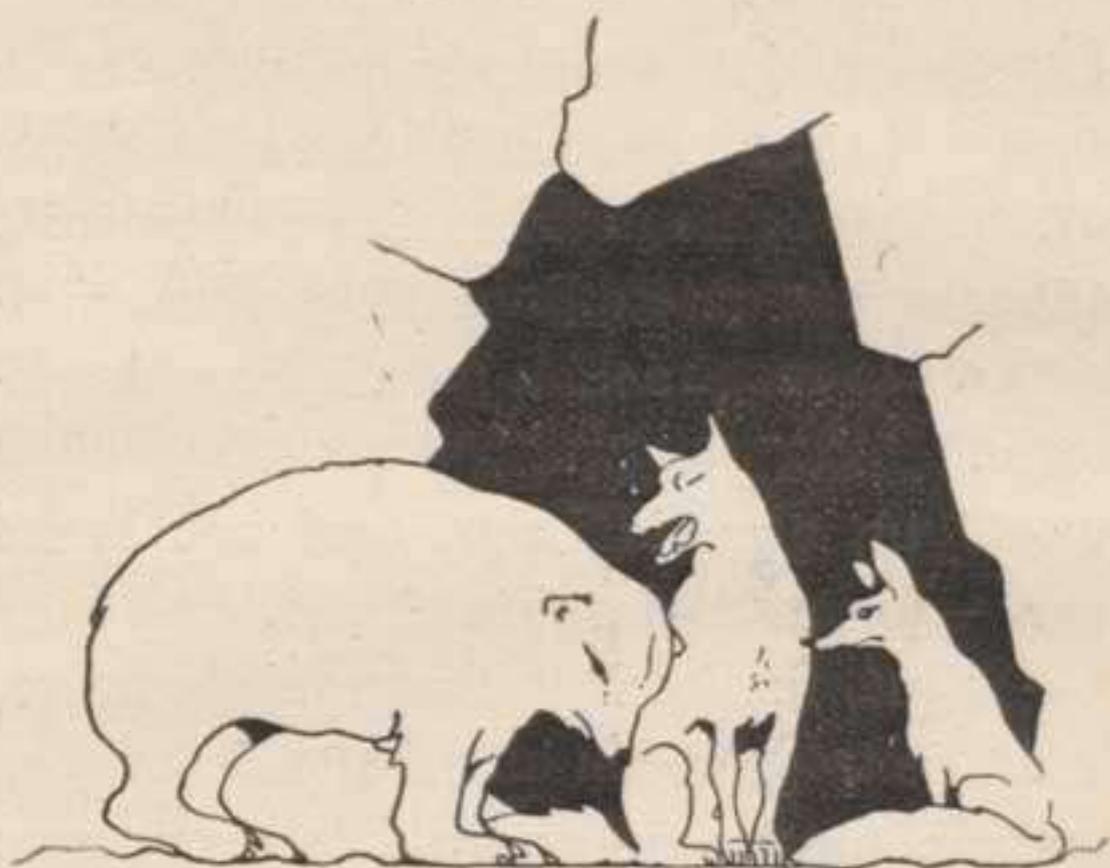
El Pobre seguía acurrucado en el harinal, cada vez más quieto, inmóvil y conteniendo hasta la respiración, para no ser descubierto.

— Y tú, querido Lobo, ¿qué has hecho hoy? — preguntó después el Oso.

— ¿Qué he hecho? Desgraciadamente, nada. Me tropecé con un rebaño de ovejas, tomé mis precauciones, traté de acercarme; pero el pastor llevaba un perro en el ganado y no me atreví. Estuve largo rato dando vueltas y vueltas para ver si se descuidaban; pero nada, tuve que marcharme. ¡Y luego hablan de la inteligencia del Hombre! ¡Mira tú que cuidar los perros y darles de comer, y no haber llegado a saber el gran remedio medicinal que se puede hacer con los sesos de perro!

— ¿Cómo? — preguntaron intrigados sus compañeros —. ¿En los sesos de perro hay alguna medicina?

— Ya lo creo — respondió el Lobo —. Mirad: ahora mismo ya habéis oído que la hija del rey de Stambul está enferma de lepra. Si



El Oso, el Lobo y la Zorra sostenían un diálogo animado.

yo fuera hombre, me iría a Stambul y la curaría facilísimamente.

— ¿Tan sencilla te parece la cosa?

— No hay que hacer más que llenar de agua siete calderas; se ponen luego al fuego y se deja que hiervan hasta que el agua se quede reducida a cubrir solamente el fondo de la caldera. El agua restante de cada una de las siete calderas se trasiega a otra que así quedará llena; y en esta última, resu-

men de aquéllas, se echan unos sesos de perro. Bañando en el agua de tal modo arreglada a la hija del rey, se curaría de la lepra. Y ya podéis pensar que el rey daría al que tal hiciese hasta la mitad de su reino, si se atreviera a pedirselo. Y el Hombre, rey de la creación, como él se llama para tener pretexto de dominarnos, sin darse cuenta de este valor de los sesos de perro, y cuidando y mimando a este feroz enemigo nuestro.

El hombre Pobre, desde su escondrijo, no perdía palabra de esta conversación.

— ¿Y tú, hermanito Oso, has hecho algo hoy? — le preguntaron sus contertulios.

— Yo he tenido un poco más suerte que vosotros. Me eché temprano al monte en busca de comida, y me he encontrado un becerro magnífico, que se había apartado de la vacada; lo he cogido sin dificultad alguna, me lo he cargado a las espaldas y me lo he llevado a mi cubil, a cuya entrada lo guardo soterrado. Para unos días ya tengo avío; comeré un trozo y luego me acostaré a dormir tranquilamente y a pierna suelta encima de la caldera de siete asas llena de oro, que guardo en mi refugio.

Con un dejo de amarga envidia en sus palabras, felicitaron al Oso sus compañeros la Zorra y el Lobo, y siguieron hablando un rato más de cosas insustanciales. Hasta que llegó el alba y, una tras otra, las fieras fueron abandonando las ruinas del molino. El hombre Pobre se decidió a salir de su escondrijo. Estiró sus piernas entumecidas por la inmovilidad de aquella noche terrible, y postróse luego en tierra, exclamando:

— ¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo y bendita sea la Santa Virgen María que me han librado de todo mal! Ya no hay nada que temer.

Y cuando el sol aparecía en el horizonte, abandonó las ruinas del molino y empezó a caminar. No tardó en divisar a lo lejos un pino frondoso y copudo, que se destacaba entre todos los árboles del contorno. Hacia él se dirigió, y cuando vislumbró el hilillo de plata que formaba el agua de la fuente que al pie del árbol manaba, pudo observar a la Zorra que se restregaba sobre la hierba. Acercóse sin miedo alguno y empezó a dar gritos tan fuertes que el astuto animal creyó lo más prudente huir. Entonces, el

Pobre cavó la tierra y desenterró la orza llena de oro, que la Zorra guardaba, y se la cargó en sus alforjas.

Siguió caminando, caminando, sin sentir el peso de su preciosa carga, por aquellos terrenos en donde la vegetación era exuberante. A cosa de la media mañana tropezó con un Pastor, que estaba apacentando su ganado. Saludóle, y trabaron conversación, sentados a la orilla de un arroyuelo. Y después de haber tocado varios temas, el Pobre le dijo si vendería su perro. Que sí, que no, que tanto más cuanto, acabó por pedirle cien libras de oro. Regatearon un buen rato, hasta que por fin se decidió a llevarse el animal y le entregó las cien libras.

Despidiéronse afectuosamente y el Pobre, con su perro sujeto por el cuello con una cuerda, volvió a reanudar su caminata. Después de haber andado un gran rato, mató a golpes al perro, le sacó los sesos, los metió en su zurrón de piel de cabrito, y tomó el camino de Stambul.

Cuarenta días de camino tuvo que sopor-
tar, errando de aquí para allá, sorteando
todo género de dificultades. Al fin, sus ojos

contemplaron extasiados las hermosas cúpulas que dominan la ciudad de Stambul. Y apenas hubo descansado de las fatigas de su penoso viaje, se echó a la calle y empezó a gritar:

— ¡El médico, el médico! ¡Yo soy médico! ¿Quién necesita los servicios del médico?

Y con tales gritos recorrió una buena parte de la población. Hasta que llegó a los oídos del rey la noticia de que había venido de lejanas tierras un médico, que ofrecía sus servicios a todos el mundo.

— ¿Sabrá, quizá, ese médico forastero algún remedio para curar a mi hija? — se preguntó el rey —. ¿Por qué no intentar una vez más el auxilio de la ciencia?

El rey ordenó que llevaran a palacio al forastero que pregonaba su medicina, y que lo condujeran a su presencia. Hizo que estuvieran presentes todos los médicos de la corte en aquella entrevista. Y así que llegó el Pobre, metido a médico, le preguntó:

— ¿Qué medicina sabes tú? ¿Serás capaz de curar a mi hija?

— ¡Señor! — contestó con humildad, pero con firmeza el Pobre —. Con la ayuda de

Dios la curaré; pero con la condición de que se ha de hacer todo lo que yo disponga.

Los médicos cortesanos se miraron atónitos de la seguridad con que aquel pobre diablo afirmaba la curación de la infeliz princesa. Pero como sabían que el rey no habría de hacerles caso a ellos, que habían sido incapaces de curarla, se abstuvieron de emitir su juicio. Y el rey contestó:

— Está bien. Haz lo que sepas.

El Pobre mandó traer siete calderas grandes de cobre; las hizo llenar de agua; mandó construir con piedras un hornillo para cada caldera; dispuso que acercasen leña en abundancia y después de tener los hornillos bien cargados de combustible, les prendió fuego y dejó que el agua se calentara. Pronto empezó a hervir, y la dejó hasta que ya no quedó más agua en cada caldera que la suficiente para cubrir el fondo. En tal momento, hizo retirar las calderas de la lumbre y trasegar el agua de todas a una sola, que así quedaba casi llena. Metió mano a su zurrón, sacó los sesos del perro que allí había guardado y los echó en el agua; los deshizo cuidadosamente, revolvió el agua durante largo rato, y puso otra vez

la caldera al fuego, dejándola hervir hasta que se quedó reducida a la mitad; sacó la caldera de la lumbre, y la dejó enfriarse hasta que el agua se quedó tibia.

El rey y sus médicos habían seguido con interés los preparativos del Pobre, y sentían dudas acerca de los resultados de tal experiencia. El médico forastero, dijo al rey:

—Señor, mandad que venga vuestra hija, la princesa, mi señora.

Ordenó el rey que la trajeran sus doncellas y esclavas; y el Pobre dispuso que la bañaran tres veces en el agua de aquella caldera.

Todos se retiraron. Los médicos cortesanos, seguros de que aquel forastero era un farsante, cuya trapacería le iba a costar la pelleja; el rey, escéptico respecto del resultado de aquella receta, que por otro lado juzgó inofensiva; el Pobre, ilusionado con la esperanza de que el Lobo del molino ruinoso hubiera dicho la verdad.

A la mañana siguiente, la princesa amaneció completamente curada. Ni rastro quedaba de la asquerosa lepra que manchaba su piel; blanca y sonrosada, parecía como una niña recién nacida.



El rey y su séquito seguían con interés las manipulaciones del Pobre.

El rey se quedó maravillado. Reunió a sus visires, a sus generales y a los altos dignatarios de la corte, y ofreció un gran banquete al médico forastero que había curado a su hija. La más cordial alegría reinó entre los comensales; todo el pueblo participó del contento del rey, y la ciencia del extranjero fué objeto de los comentarios de todas las clases sociales. El soberano, delante de todos los altos dignatarios de su corte, habló así al Pobre, que había curado a la princesa:

— Estoy profundamente obligado y reconocido de tu bondad, por haberte dignado venir a Stambul y haber curado tan prodigiosamente a mi hija. Pídemelo lo que quieras. Todos los tesoros de mi reino están a tu disposición; elige el cargo que te apetezca, de gran visir para abajo, y te lo daré; escoge la mujer que te plazca, aunque sea mi propia hija, y ella será tu esposa; hasta si quieres compartir conmigo el reino y el mando, gustoso te asociaré a mí y te sentaré en otro trono a mi lado.

— ¡Señor! — respondió el Pobre —. ¡Dios alargue tu vida dilatados años! Ni riquezas, ni cargos ambiciono; casado soy y no puedo pensar, por tanto, en alcanzar el incomparable honor de ser tu hijo; humilde nací, y no debo pensar en ascender al trono. Sólo quiero pedirte una cosa: que me concedas una escolta de cien soldados con cinco cañones y diez carros, para que me acompañen durante el viaje largo y difícil hasta llegar a mi casa.

— Se cumplirá tu deseo — contestó el rey.

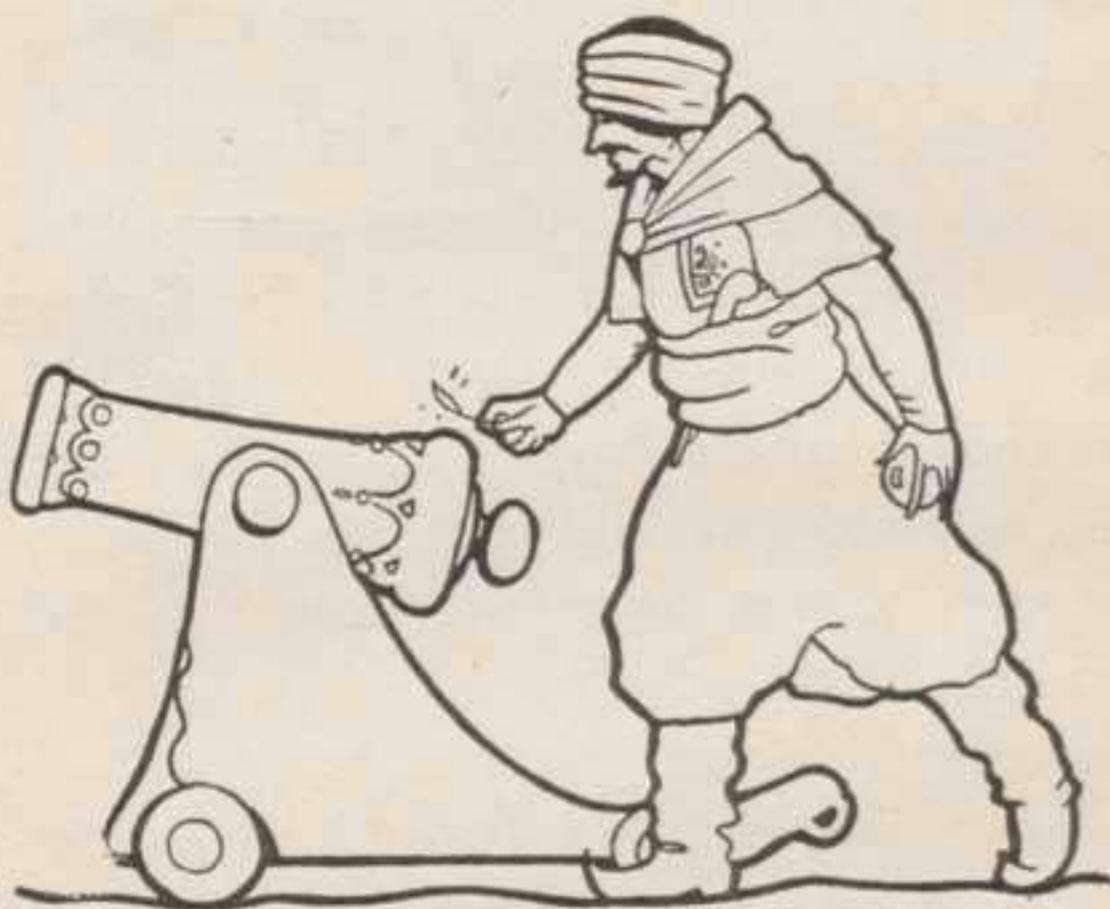
Quien hizo, además, grandes obsequios al famoso médico; le regaló vestidos magníficos, joyas deslumbradoras, caballos, y,

acompañado de todos sus servidores y seguido de todo su pueblo, salió a despedirlo a las puertas de la ciudad, y lo abrazó cariñosamente, reiterándole su gratitud por el inestimable beneficio de haber devuelto la salud a su hija, la princesa que gemía bajo la asquerosa enfermedad de la lepra.

El Pobre se alejó contento y satisfecho. Caminó durante cuarenta días, rodeado y servido por los cien soldados y agasajado en todos los pueblos que pasó y que pertenecían al rey de Stambul. Y, sin ningún incidente, llegó al bosque cercano a las ruinas del molino, por donde el Oso debía de tener su cubil. Con la ayuda de los cien soldados de su escolta púsose a buscar la guarida de la fiera y no tardó mucho tiempo en encontrarla. Dentro estaba el temible animal. Hizo cañonear la cueva; y entonces el Oso, dando terribles aullidos, huyó seguido por su cría. Desembarazaron de piedras y tierra la entrada de la cueva y el Pobre penetró en ella. Admirado y atónito se quedó al ver en el fondo la maravillosa caldera de siete asas, llena de oro, en donde el Oso acostumbraba acostarse.

Sin perder minuto cargó toda aquella ri-

queza en los diez carros y continuó la marcha hacia su pueblo, cercano ya. A media noche, cuando las tinieblas ocultaban todo movimiento y cuando la gente reposaba de



El Pobre comenzó a disparar cañonazos sobre la cueva.

las faenas diarias, llegó a su casa, sólo con los carreteros, pues el resto de la escolta lo había despedido en las afueras. Descargó la riqueza que traía; volviéronse los carros sin más detención, y él entró en su casa, con lo cual volvió la alegría a su esposa y a sus hijos, que ya lo creían perdido para siempre. Y tranquilamente, sin ostentación ni

jaactancia, empezó aquella humilde familia a disfrutar de la desahogada posición que tales riquezas le proporcionaba, glorificando a Dios todos los días por su inmensa bondad.



A pesar de todas sus precauciones, no pudo evitarse que por el pueblo empezaran a circular los rumores más extraños acerca del cambio de fortuna del Pobre. Se decía que había hallado un tesoro; se discutía en los corrillos de las comadres lo visto y lo sospechado; cualquier acción o movimiento del Pobre, o de su mujer, o de sus hijos, era comentado en todo el lugar. Fuéronse recordando los detalles de los últimos días que pasó en el pueblo, antes de su extraño enriquecimiento, y hasta se llegó a mezclar en las conversaciones y cábalas el nombre del molino en ruinas.

El vecino Rico se dió cuenta de que ya no iba a su casa la mujer del Pobre, el día de horno, para recibir el presente del pan. Oyó los comentarios de la gente y se extrañó de lo que sucedía, raro en todo caso. Cambió impresiones con su mujer, la orgullosa Ri-

ca que había tratado con tan corta caridad a su pobre vecina; y la orgullosa y necia estaba indignada con aquel vuelco de la fortuna. ¿Sería ahora ella misma pobre con relación a su vecina? Y ante la posibilidad de que pudiera recibir algún obsequio de aquella persona, despreciada por ella, sintió nacer en su soberbio corazón la terrible pasión de la envidia. No sólo sintió tristeza del bien de sus vecinos, sino que anheló ser más rica, más rica, poseer más bienes todavía, para poder tratar siempre con desprecio a los que ella consideraba en su loca ambición como sus enemigos.

Cuando en el hogar de la familia del Rico se comentó la noticia vaga y confusa, hipotética siempre, de que el Pobre había encontrado su fortuna por haber ido a acostarse una noche a las ruinas del molino, el marido insinuó:

— ¿Podría ser verdad esto? Si yo fuese a dormir una noche allí...

Y quedó pensativo largo rato, dudando y no atreviéndose. Pero su mujer exclamó, exaltada:

— ¡Sea como sea, vete allí! ¡Que no sean nunca esos sarnosos más que nosotros; que

no tengan más riqueza ni mayor posición! ¡Vete! Trae oro, mucho oro, todo lo que sea preciso para hacer que esa canalla vuelva a la oscuridad.

El Rico siguió aquel consejo y se dirigió al molino de las ruinas. Anda que te anda, al caer el día llegaba él al lugar donde creía que iba a encontrar los tesoros fabulosos de Salomón. Después de recorrer los distintos departamentos y observarlo todo muy atentamente, se acostó a dormir en el harinal.

Media noche sería cuando un ruido extraño lo despertó. Con espanto vió desde su escondrijo cómo entraban, en el mismo edificio donde estaba cobijado, primero una Zorra, luego un Lobo, después un Oso grande, grande, que daba resoplidos espantosos. Reuniéronse las tres bestias, regruñendo y rezongando, y parecía como que estuvieran cambiando impresiones entre sí. El Rico, desde su refugio, no podía oír distintamente su conversación. Así pasó un breve rato, que al infeliz escondido le pareció una eternidad. De pronto la Zorra, olfateando y venteando sin cesar, exclamó:

— ¡Aquí huele a Hombre! ¡Aquí huele a Hombre!

— ¿Que huele a Hombre? — preguntó extrañado el Oso —. No lo creas. A estas horas, ¿qué faena tiene que hacer por aquí el Hombre?

— ¡Pues yo te digo que huele a Hombre! — repetía la Zorra.

— ¿Será posible? — contestó el Oso, como cediendo ante la insistencia de su compañera, pero sin salir de su extrañeza.

— Vamos a verlo ahora mismo — rezongó la Zorra —. Esperaos aquí. Echaré un vistazo por todos los rincones, para ver si ha venido o no ha venido el Hombre a fisgar nuestra conversación y a enterarse — como debió hacer el del otro día — de lo que nosotros hablamos y tratamos.

Y rápida, nerviosa, extremadamente agitada, se puso la Zorra a recorrer todos los rincones y escondrijos del molino hundido, oliendo y olfateando por todas partes, hasta que metió su hocico en lo que había sido harinal.

— ¡Aquí hay un Hombre, aquí está! — exclamó rabiosa, al ver al infeliz Rico metido en el escondrijo, acurrucado, sudoroso, pálido de miedo, mudo por la terrible emoción de haber sentido el hocico frío de la

fiera en contacto con su propia cara —. ¡Aquí está, miradlo! — seguía diciendo gozosa la Zorra, sin atreverse a separarse por miedo de que pudiera escapársele su presa.



Lleno de terror pánico, el Rico permanecía acurrucado en su escondrijo.

— ¡Tráelo, tráelo! — exclamaron el Lobo y el Oso —. ¡Tráelo aquí! Éste es, sin duda, el que ha acarreado nuestra ruina, el que se ha llevado nuestros tesoros. Arrástralo hasta aquí, para que lo despedacemos.

La Zorra echó sus garras encima del Rico, y tirando con ellas y con los dientes, lo llevó a rastras a presencia de sus dos

compañeros, que recibieron a la víctima con extraordinarias muestras de alegría.

— ¡Para mí los riñones! — exclamaba la Zorra.

Y el infortunado Rico, cuya desmesurada avaricia había creído encontrar grandes tesoros en las ruinas del molino hundido, halló la más trágica muerte, a manos de aquellos feroces animales, que le desgarraron sin piedad, y presto lo devoraron.



Pasaron días y días sin que el Rico volviese a su casa. La familia entró en cuidado por lo que hubiera podido ocurrirle, y envió gentes en su busca. Todas las pesquisas fueron inútiles; en ninguna parte daban razón del perdido, en ningún sitio había huella ni rastro de su persona. Al fin, mirando y remirando por entre las ruinas del molino, hallaron dos huesos roídos, que fueron testimonio del trágico fin del ambicioso Rico.

Su familia lloró la pérdida, entregándose a lamentaciones sin cuento.

El que no es caritativo con los pobres, se pierde, junto con su casa y familia.

EL ESPEJO ENCANTADO

PUES señor... éste era un rey que tenía tres hijos. Cierta día cayó enfermo, y después de muchas semanas de angustia y de dolor recobró la salud, pero notó, con espanto, que había perdido la vista. Todos los remedios que empleó resultaron inútiles, y su alma se apenó profundamente al convencerse de que su ceguera sería incurable. No habiendo sido eficaces las recetas de los médicos de su corte, decidió hacer venir a médicos forasteros, y fueron llamados a consulta los más sabios y expertos doctores de los reinos vecinos. Unánimes estuvieron en afirmar que sólo podría el rey recobrar la vista untándose los ojos con grasa de cierto pez, cuyo dibujo entregaron al enfermo: si

Según Mourier, *Cuentos y leyendas del Cáucaso*. París, 1888, pág. 79.

se lograba hallar un ejemplar de este animal, el rey volvería a ver la luz del sol; si no conseguían encontrar este pez, el rey seguiría irreparablemente ciego.

El rey mandó llamar a su hijo primogénito y, entregándole el dibujo del pez en cuestión, le habló así:

— Ya sabes, hijo mío muy amado, que todos los médicos entienden que yo no recobraré la vista sino después de haberme untado los ojos con la grasa que contienen las entrañas de este animal, cuyo dibujo te doy. Por el amor que en tu corazón guardas hacia tu padre y tu rey, te suplico que salgas inmediatamente en busca de tan raro pescado: no perdones gasto de ninguna especie; no dejes por hacer ningún esfuerzo que humanamente pueda conducir a lograr tu propósito; y de tu cariño espero que no te acobarden los peligros, las molestias, las inclemencias de tu expedición. Aquí te esperaré confiado y pidiendo a Dios que te libere de todo mal.

Y, dándole la bendición, lo despidió cariñosamente.

Preparó el príncipe cuidadosamente la expedición. Buscó a los pescadores más há-

biles del reino y a los más curtidos en las andanzas por el mar, hasta reunir cien hombres. Dispuso luego la adquisición de las redes y aparejos de pesca más fuertes; fletó un barco resistente a los embates de las olas del mar enfurecido; y con sus cien tripulantes salió del puerto y se internó en el mar, con el ánimo decidido de no regresar a su ciudad sin haber conseguido su propósito.

Pasaron días y semanas pescando, sin el menor resultado. En sus redes hallaron peces maravillosos, que nunca había visto el ojo humano; pero el pez cuya grasa curaba la ceguera no salió jamás en sus redes. Cada vez más engolfados en las inmensidades del océano, los pescadores no se arredaban ni siquiera al ver caer muertos algunos de sus compañeros, víctimas del trabajo excesivo y de las inclemencias del viaje; el príncipe, alimentando en su pecho la esperanza de sacar por fin el anhelado pez, seguía ordenando y disponiendo las maniobras necesarias; y mientras, su gente iba disminuyendo de manera tan alarmante, que hubo de decidir el regreso a la patria. Con un puñado de hombres, enfermos y extenuados,

llegó al puerto, y se fué derecho a la presencia del rey, su padre, para decirle, después de besarle la mano y prosternarse en tierra:

— ¡No he logrado encontrar el pez que buscamos!

El rey, ciego, prorrumpió en amargos sollozos y alabó a Dios, que de tal modo quería probar el temple de su alma. Llamó entonces al hijo segundo y le dió el encargo de ir a buscar el pèz maravilloso, rogándole con el mayor encarecimiento que dispusiera todo lo necesario para una nueva expedición marítima; que buscara la gente más experta y avezada en tales empeños; que no omitiera gasto, trabajo ni sacrificio para lograr coger un solo ejemplar de aquel animal. El sabría premiar a todos aquel servicio que iban a prestarle.

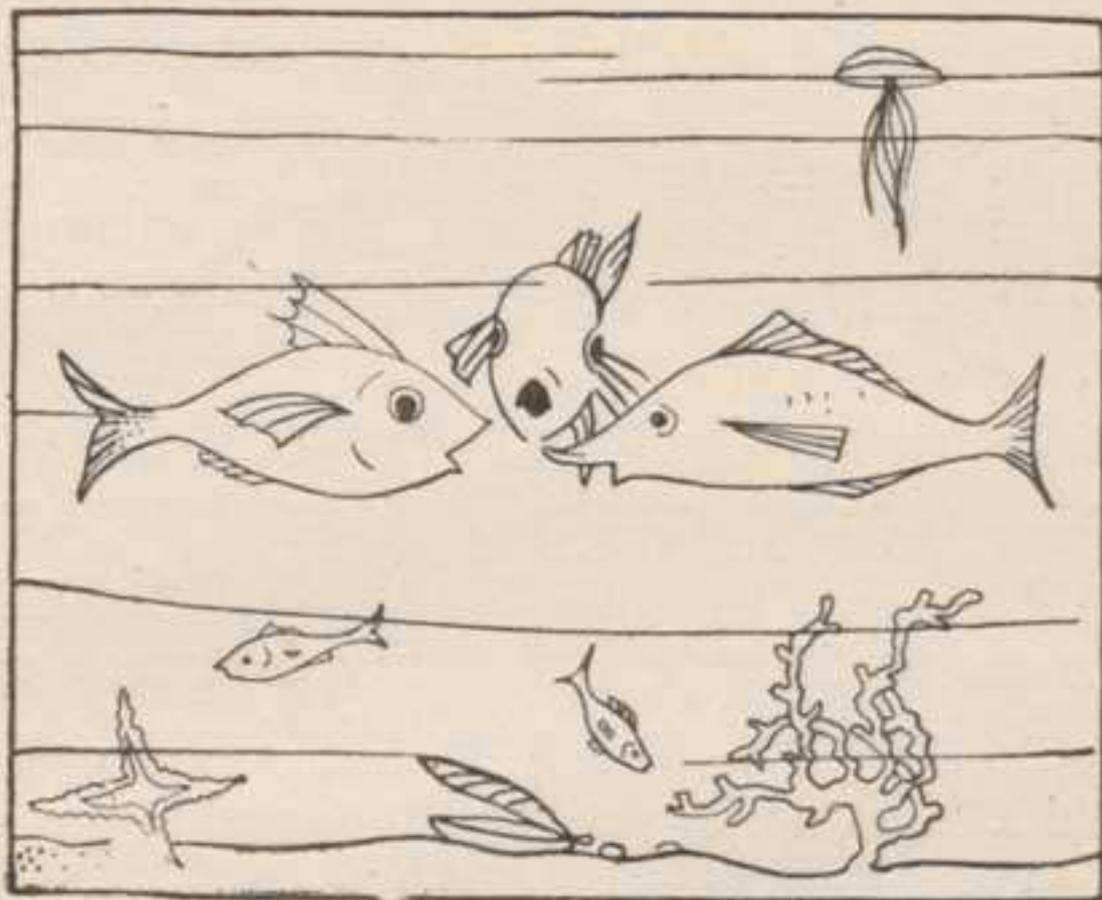
Pero no fué más afortunado el hermano segundo, y con la nave medio deshecha, la tripulación diezmada y la salud perdida, hubo de retornar al puerto y presentarse a su padre, para confesarle sinceramente su fracaso. La aflicción del rey no tuvo límites; de su pecho se iba alejando ya la esperanza de volver a contemplar sus maravillosos jardines, llenos de plantas y de flores

de toda especie; a gozarse en el majestuoso espectáculo de ver al sol hundirse en el mar por Occidente; a extasiarse mirando desde la torre más alta de su alcázar fortísimo la ciudad extendida a sus pies, hasta tocar las arenas de la playa, eternamente besadas por las olas del mar. Y lloró amargamente, pidiendo a Dios, desde el fondo de su corazón, que se compadeciera de su desgracia.

Llamó al hijo más pequeño y le dió el mismo encargo que había dado a sus hermanos mayores. Aquél no siguió el ejemplo de sus predecesores, y en vez de armar un navio grande y con muchos tripulantes, acudió a la astucia, ya que comprendía que el camino seguido no era el más oportuno.

Tomó consigo a un hombre solo y a una acémila, cargada con dos sacos de harina. Llegó a la ribera del mar, y echó una cantidad de harina en el agua cerca de la orilla, sin preocuparse de hacer otra cosa. Al día siguiente repitió la operación, y así todas las mañanas, hasta que hubo gastado la harina que llevaba. Entonces los peces, que se habían alimentado gracias a la generosidad del príncipe, se reunieron en con-

sejo en el fondo del mar y se decidieron a mostrarse agradecidos con su protector. «Ya que este hombre nos ha procurado alimento y nosotros hemos engordado a su costa,



Los peces reunidos en consejo en el fondo del mar.

facilitémosle el pez que andan buscando con tanta diligencia sus hermanos y él.»

En el mismo instante arrojaba el príncipe su red al agua, y al retirarla vió con admiración y sorpresa que en ella venía el pez maravilloso cuya grasa cura la ceguera. Lo cogió, lo puso cuidadosamente en un pliegue de su vestido, y sin recoger las re-

des ni hacer caso de su compañero, ni ocuparse en otra cosa, se alejó rápidamente de la playa y se dirigió con apresuramiento al palacio del rey, su padre.

Por el camino oyó una voz que decía:

— ¡Joven, yo me muero!

Paróse, miró por todos lados y no vió a nadie que pudiera pronunciar aquellas palabras. Reanudó su marcha interrumpida, y al poco rato volvió a oír la misma lamentación:

— ¡Joven, yo me muero!

Cada vez más intrigado, escrutó atentamente por sus alrededores y no vió persona alguna de cuya boca salieran tales palabras; pero bajando los ojos para mirar a su pez, vió que tenía la boca entreabierta y estaba a punto de expirar.

— ¿Qué quieres? — le preguntó el príncipe.

— Más te valía soltarme — dijo el pez —; día llegará en que yo pueda prestarte algún buen servicio.

El joven vaciló un momento; pero, por fin, se decidió a librar de la muerte al pez maravilloso, y lo arrojó de nuevo al agua. En aquel instante se le incorporó su compañe-

ro, que se retrasara, y el príncipe le recomendó que no lo traicionase descubriendo su secreto, para lo cual le ofreció tenerlo siempre a su lado y darle riquezas y honores.

Presentóse el príncipe a su padre, el rey, y le dijo:

— ¡Señor! No he encontrado nada.

El infeliz soberano renunció definitivamente a la esperanza de recobrar la vista; lloró su desgracia, y cristianamente resignóse a esperar por toda la vida su última hora, sumido en las tinieblas corporales.



Así transcurrieron algunos años. Hasta que un día, las exigencias del compañero del joven príncipe fueron tales, que produjeron entre ellos un gran disgusto, y riñeron. Y aquél traicionó su secreto y contó al rey la verdad de lo ocurrido, y lo informó de cómo el príncipe había cogido el pez que cura la ceguera, lo había tirado otra vez al mar y había mentido a su padre y señor.

El rey se enfureció. Hizo conducir a su presencia al hijo descastado y le recriminó duramente:

— ¡Infame! — le dijo —. Has preferido dejarme ciego para toda la vida, ante el egoísmo falaz de tener algún día provecho propio. ¿Es ése el cariño que debías mostrar a tu padre? Yo me he desvivido por criarte y por educarte con el mayor esmero; te he puesto servidores y criados para que satisfagan tus menores caprichos; me he desvelado cuando estabas enfermo; me he embelesado con tus juegos y gracias infantiles; he llorado con tus penas y he reído con tus alegrías. Y cuando te he necesitado para asunto tan grave, cuando he recurrido a ti y tú has podido corresponder a mi cariño y a mis desvelos, has sido tan falso, tan egoísta, que sólo de ti te has ocupado, y tu ingratitud te ha hecho olvidar tus deberes de hijo y de hombre cristiano. No trates de justificarte, porque me irritarías aún más. ¡Muere, ingrato traidor, que bien merecido tienes este castigo!

Y ordenó a sus ministros que le dieran muerte. Cogiéronle los verdugos, ataron sus manos a la espalda y lo llevaron arrastrando hasta el patíbulo. Aquellos hombres feroces sentían, no obstante, en su corazón piedad por el infeliz mancebo que iba a pere-

cer en la flor de su edad; y como el príncipe se diera cuenta, les dijo:

— ¿Qué provecho sacaréis matándome? En cambio, si me soltáis y me dejáis con vida, haréis una buena acción, y yo me marcharé lejos, lejos, a un país extraño donde no os comprometa y donde nadie sepa quién soy.

Les instó y les suplicó, hasta convencerles. Soltáronlo, dióles rendidas gracias y se alejó. Caminó, caminó tanto, tanto como nadie en el mundo ha caminado; después de muchos días llegó a un inmenso bosque inextricable.

No había camino alguno accesible y la extensión del horizonte estaba cerrada por los árboles del bosque. Troncos centenarios se entrelazaban con ramas tan abundantes y pomposas, que a los pocos palmos de terreno no se divisaba la luz. ¿Qué hacer en tal situación? Retroceder no era conveniente; penetrar en aquella selva, que se hallaría llena de alimañas feroces y cuya salida acaso estuviese lejos, era lanzarse en un abismo. El príncipe vaciló largo rato; al fin se decidió a cruzar el bosque.

Penetró en el intrincado laberinto que

formaban aquellos árboles seculares. Sólo se oía el agudo silbido del viento al pasar por entre las ramas, y de vez en cuando el graznido de algún ave de rapiña, o el aullido de alguna fiera. Trabajosamente, a fuerza de dejarse jirones del vestido entre los abrojos del camino que iba abriéndose, logró el príncipe avanzar en medio de la selva. Y al poco rato vió un ciervo que corría, con trazas de espanto, y venía en dirección suya. Salió el príncipe a su encuentro, y el animal cayó de rodillas a sus pies.

— ¿Qué te sucede? — le preguntó el joven.

— ¿Y me lo preguntas? — replicó el ciervo —. ¿No lo ves claro? Vengo perseguido por un príncipe que intenta darme caza, y de ti depende mi salvación.

— No tengas cuidado — respondió el joven al momento.

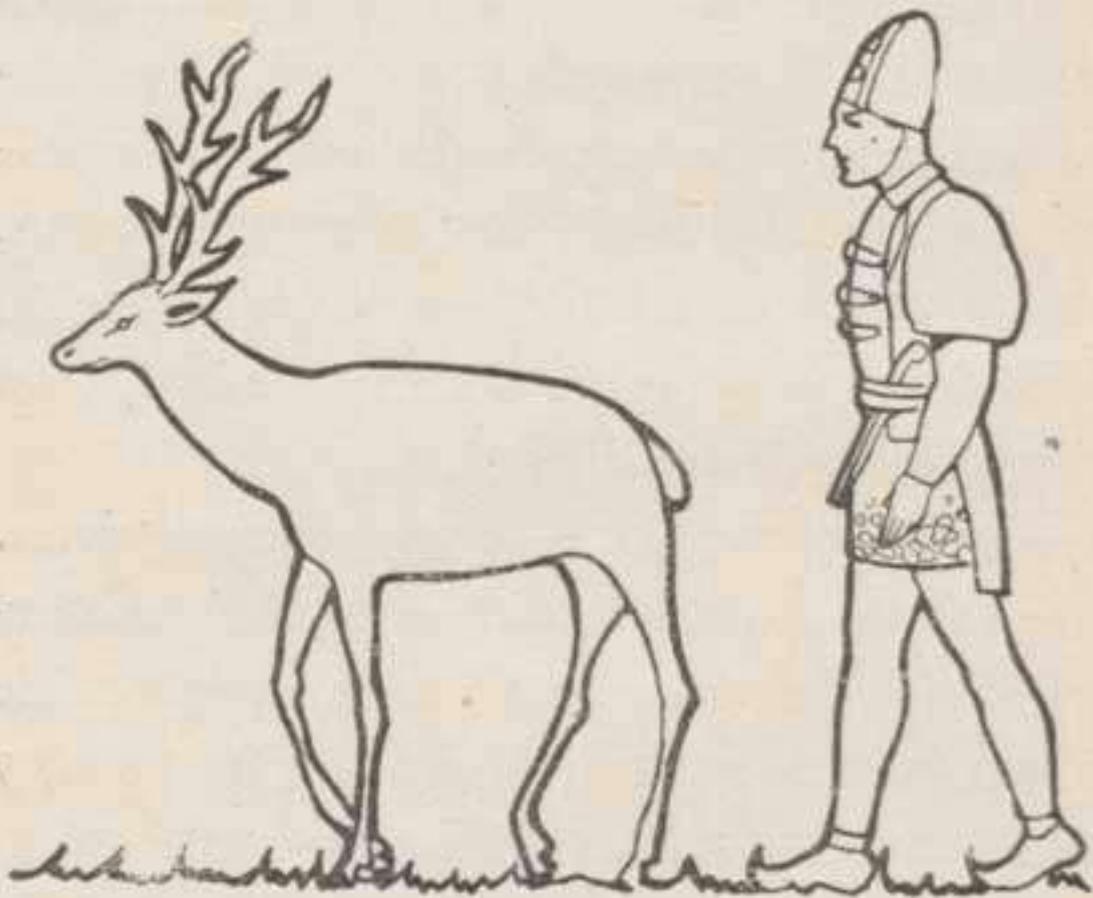
Y cogiéndolo por los cuernos, se lo llevó tras sí, como si fuera un corderillo.

No tardó en llegar el príncipe cazador, con su jauría de perros furiosos, con su legión de ojeadores y de ballesteros, y al ver a nuestro amigo fugitivo con su ciervo de la mano, le preguntó, con cierto aire de extrañeza:

— ¿Dónde vas con ese hermoso ciervo?

— Es un regalo que llevo al rey — respondió.

El cazador se alejó malhumorado por haber perdido la pista de su pieza, y así se



El príncipe seguía al ciervo procurando tranquilizarle.

salvó la vida del inocente ciervo, que dijo a su libertador:

— Gracias, amable joven; día llegará en que yo te salvaré también la vida.

El ciervo se alejó. El príncipe fugitivo prosiguió su camino. Horas, días, semanas enteras anduvo por medio del bosque intricable, alimentándose de frutas y raíces

de los árboles, bebiendo en las fuentes cristalinas y en los límpidos arroyuelos que iba atravesando. Descansaba una vez al pie de un fresco y claro manantial, cuya riquísima agua mitigaba los ardores de su sed y de su fatiga, cuando oyó graznidos de aves de rapiña, que se sucedían rápidamente; y de pronto vió que un águila real, majestuosa, se abatía a sus espaldas, y exclamaba:

— ¡Joven, de ti depende mi vida!

No tardaron en llegar varios halcones y gerifaltes, en persecución del águila real, y tras ellos, al poco rato, los halconeros y ballesteros. Pero el príncipe fugitivo espantó a los halcones, contuvo a los cazadores, y les dijo que aquella águila era suya, y que se la iba a regalar al rey; con lo cual aquellos hombres se alejaron, llevándose sus halcones. El águila entonces dió las gracias al mancebo, y le dijo, además:

— Día llegará en que yo pueda prestarte un servicio semejante al que tú me has prestado.

Y levantó majestuosa el vuelo, describiendo grandes círculos concéntricos, hasta subir tan alta que se perdió de vista en la inmensidad del espacio azul. El fugitivo

continuó su marcha: una semana, dos semanas; un año y tres meses estuvo caminando.

Un día se desencadenó furiosa tempestad. En la oquedad de las montañas que iba atravesando retumbaban con estruendo horrisono los truenos que sin interrupción se sucedían; brillo siniestro daba al bosque el fugaz resplandor de los relámpagos; la lluvia que a torrentes caía arrastraba por los barrancos y quebradas ramas y despojos de todas clases, produciendo un ruido ensordecedor. El príncipe se había refugiado en el hueco que formaban unas piedras, donde se podía resguardar algo del agua y del viento. De pronto vió que por entre el ramaje, que crujía saltando en pedazos, aparecía un enorme chacal en dirección al mismo sitio en que él estaba guarecido. Apenas si le dió tiempo a sobresaltarse, porque el fiero animal se arrojó a sus pies con ligereza, exclamando:

— Si quieres, puedes salvarme. Vengo huyendo de la persecución de un príncipe, con todo su séquito.

— Ocúltate — le dijo el fugitivo — en el fondo de esta cueva, y no te muevas.

Instantes después aparecía el príncipe cazador, rodeado de sus criados y pajes, armados de lanzas y azagayas, de flechas y de dardos, enardecidos todos por la presencia de la víctima, ávidos de coger a la fiera para descuartizarla. Al ver al príncipe fugitivo, quedáronse inmóviles y le preguntaron por el chacal.

— El chacal ahí lo tenéis en el fondo de la cueva, pero es mío; lo vengo amaestrando y domesticando para regalárselo un día al rey.

— Te ruego aceptes mis excusas — le contestó el cazador, tratando de ocultar su rabia —; si hubiéramos sabido que tenía dueño, no lo hubiéramos perseguido, ni nos habríamos tomado tanto trabajo por cazarlo en un día como éste. ¡Dios te ayude!

Y se retiró seguido de todos sus criados, empapados en agua y llenos de fango.

Entonces, el animal, lamiendo las manos de su salvador, le dijo:

— Día llegará en que yo pueda corresponder dignamente a este inapreciable servicio que me has prestado, y que salve tu vida en peligro, lo mismo que tú has salvado la mía.

La fiera se alejó rápidamente, y el príncipe prosiguió su camino. A las pocas horas salía del bosque inextricable.



Magnífico espectáculo se ofreció a su vista. Al fondo de un amplísimo valle, fértil y riente, se asentaba una gran ciudad, cuyas torres y grandes edificios se divisaban en lontananza. Siguió un ancho camino, bordeado por frondosos árboles, cuyas ramas entrelazadas no dejaban que los rayos del sol pasasen para quemar el rostro de los viandantes. Y tras un regular espacio de tiempo, hallóse a las puertas mismas de la ciudad.

Lo primero que se ofreció a su vista fué un lindísimo castillo de cristal de roca, con una torre altísima como aguja afilada que quisiera escalar el cielo y enhebrar las nubes. Y al pie de aquella torre vió extrañado unos cuantos mozos, muertos algunos, a punto de expirar otros. Nò pudo contenerse y preguntó qué significaba todo aquello. Una mujer de aspecto señorial, madre de uno de aquellos desgraciados, le explicó:



La madre del infeliz joven muerto refirió sus cuitas
al príncipe.

— Señor, nuestro rey tiene una hija que ha dado en la más extraña manía que pueda pensarse. Ella dice que se quiere casar, y pone como condición para conceder su mano, que su pretendiente logre ocultarse a las miradas de ella, que se haga invisible. Muchos jóvenes, enamorados hasta la locura de la bella princesa, intentan dar satisfacción a este capricho, y ya ves, señor, el resultado: nadie logra triunfar en la prueba; y todos los que fracasan, son arrojados desde lo alto de la torre del castillo.

— Extraña manía — contestó el príncipe a la amable señora, y trató de prodigarle algunas palabras de consuelo.

Y se internó luego en la ciudad. Recorrió sus anchas calles, sus magníficas tiendas y riquísimos bazares, sus baños confortables, sus limpios fondaques, sus amenos jardines, sus maravillosos templos, sus fortísimos e inexpugnables alcázares. Pero no pudo alejar, en medio de tanta y tanta distracción, el recuerdo de la manía de la bella princesa, ni pudo apartar de los ojos de su imaginación el espectáculo de los gallardos mancebos muertos o agonizantes por causa de aquella extraña mujer. Tanto y tanto pensó

en aquella aventura, que decidió tomar parte en ella. ¿Qué le importaba su vida, si había de arrastrar fugitivo su existencia en países desconocidos? ¿Para qué le servía vivir, si había de ocultar su verdadera condición? Y si por acaso triunfaba en la prueba, entonces renacería a nueva vida y acaso hasta lograra el perdón del rey, su padre.

No tardó en presentarse a la princesa. Después de cambiar los saludos protocolarios, ella le preguntó:

— ¿Qué motivo te trae aquí?

— He venido — respondió el príncipe — por la misma razón que han venido tantos otros...

Y la extraña doncella interrumpió su discurso, llamando a los visires para que indicaran al recién llegado las condiciones de la apuesta. Después se retiró majestuosamente bella, seguida de sus esclavas, y habiendo dejado en el alma del príncipe fugitivo clavado el aguijón del amor.

El inexperto joven salió del castillo de cristal y anduvo vagando largo rato por las calles de la ciudad, sin saber qué hacer; encaminó luego sus pasos a la orilla del mar y sentóse en una roca, donde se puso a re-

flexionar seriamente acerca de su delicada situación. No se le ocurría nada para hacerse invisible. De pronto el pez maravilloso que cura la ceguera salió de las aguas, y sin dar lugar a una sola palabra, se tragó al joven príncipe, se lo llevó al fondo del mar y se ocultó en una gruta no lejos de la orilla durante toda la noche.

Por la mañana, cuando la princesa se levantó, se puso a mirar en su espejo encantado, y no vió al joven: ni en la inmensidad del cielo azul, de donde se habían alejado las estrellas, ni en la superficie de la tierra, poblada de árboles, de animales, surcada por ríos y arroyuelos, refrescada por fuentes cristalinas; en ninguna parte se hallaban trazas del joven pretendiente. Pero dirigió su mirada al mar y al punto vió que estaba oculto en el vientre del pez que cura la ceguera, en el fondo de una gruta cercana a la ribera del mar.

El pez salió de su escondrijo y volvió a dejar en tierra a su antiguo salvador; quien se fué muy alegre a ver a la princesa.

— ¿Te has ocultado? — preguntó ella, al verlo.

— Sí — contestó muy satisfecho el joven.

— Pero no te has hecho invisible a mis ojos — le replicó la doncella —. Te he visto que estabas en el vientre de un pez, metido en una gruta que forman las piedras de la



La princesa escrutaba el espejo encantado.

costa, no lejos de la orilla del mar. Aunque has perdido la apuesta, por esta vez te perdono, ya que has dado muestras de cierta habilidad.

Alejóse el joven, mohino y esperanzado, y por la tarde sentóse en una gran llanada, lejos de la ciudad. De pronto un águila real se abatió sobre él, lo arrebató en los aires, lo elevó, lo elevó hasta sobrepasar por en-

cima de las nubes, sentólo en la más espesa que encontró y lo tapó con sus alas.

La mañana siguiente la hija del rey miró sobre las montañas y no encontró vestigio de su pretendiente; volvió los ojos sobre la tierra sin mejor resultado; escrutó las profundidades del mar sin hallar nada. Pero mirando el cielo, vió allá arriba, muy arriba, al águila y a su compañero.

El ave volvió a bajar a tierra a su antiguo salvador, y el joven príncipe se presentó muy alegre a la hermosa princesa, creyendo que esta vez no lo habría podido descubrir. Pero ella le dijo sonriente, apenas lo vió:

— Esta noche has estado bien alto, sentado en una nube oscura, oculto por las alas de una magnífica águila real.

Y como el príncipe se affigiera, descorazonado, la doncella le dijo:

— No te apenes, que por esta vez te perdono. Estoy maravillada del ingenio que demuestras en tus intentos por ocultarte a mis escrutadoras miradas.

El príncipe se alejó muy preocupado, pues iba dudando ya de ganar la apuesta. Salió de la ciudad y se apartó gran distan-

cia. Sentóse a descansar en una verde pradera esmaltada de flores y perfumada por las más delicadas esencias, y al poco rato se le presentó un magnífico ciervo, que le habló así:

— Un día salvaste mi vida, amenazada por furiosos cazadores, y yo prometí ayudarte cuando te vieses en situación semejante a la que yo lamentaba. Ha llegado el instante: monta sobre mis lomos y yo te llevaré tan lejos, que nadie pueda descubrirte.

El animal, con su preciosa carga, atravesó montañas, cruzó valles y ríos y condujo al príncipe a una profunda caverna.

Por la mañana, cuando la princesa se levantó, miró su espejo encantado y, tras de grandes esfuerzos, logró averiguar el paradero de su pretendiente, oculto en profunda caverna lejana, protegido por un ciervo de bella y elegante cornamenta. Y cuando el príncipe se le presentó de nuevo, esperando de que esta vez no hubiera estado visible, oyó que la hermosa doncella le decía:

— ¡Gallardo mozo! Parece que tienes muchos y buenos amigos que te ayudan en tu temeraria empresa, a pesar de lo cual no

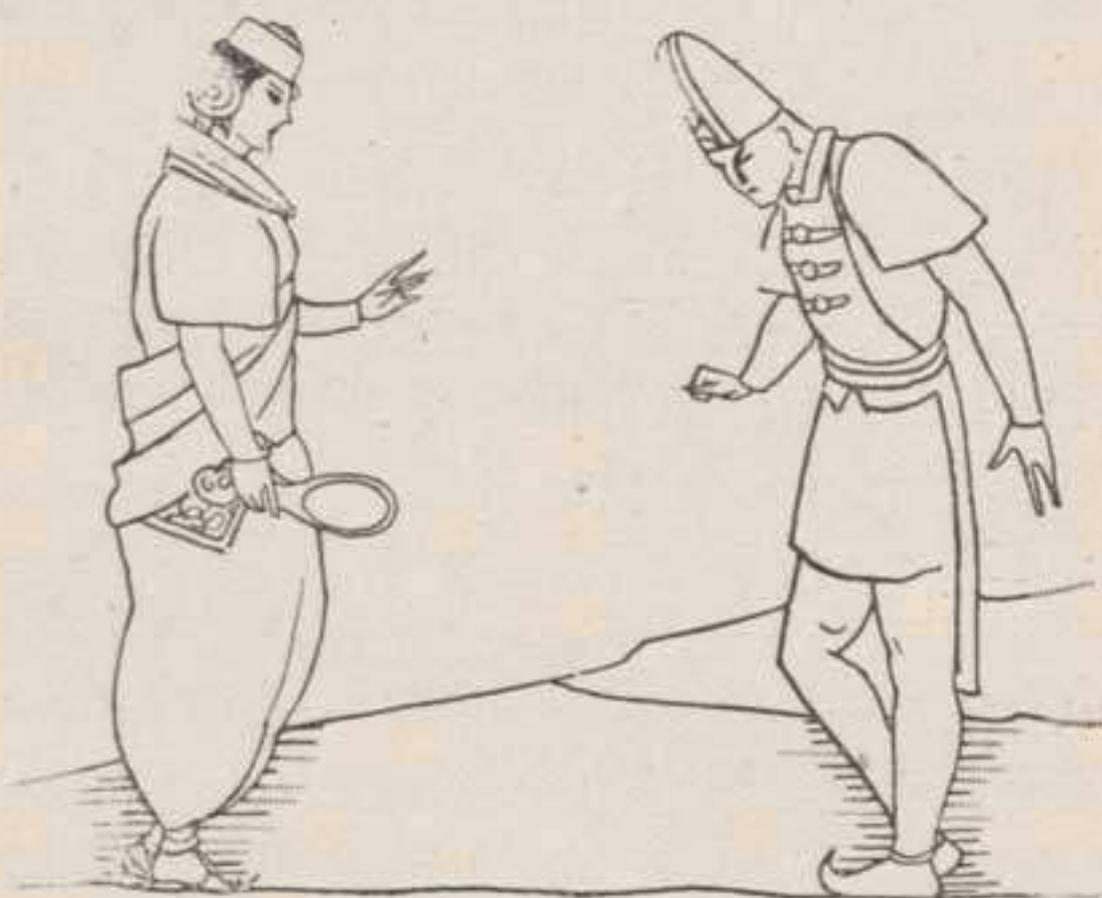
logras hacerte invisible a mis ojos. Te perdono una vez más, en atención a la habilidad que muestras.

Descorazonado y aburrido salió el mancebo del castillo de cristal, y dudó si era ya discreto seguir tentando la suerte, pues no se le ocurría que habría sitios en el mundo más ocultos a las miradas de los hombres que aquellos en donde sus antiguos amigos lo habían escondido. Sin rumbo ni conciencia de sus pasos caminó a la ventura durante muchas horas; cuando ya el sol estaba próximo a ocultarse por Occidente, hallóse cerca, precisamente, del castillo de la princesa; sentóse, cabizbajo y triste, pensando en que acaso a la mañana siguiente sería arrojado desde la altísima torre del castillo de cristal. De pronto, notó que la tierra temblaba, como si la azotara un terremoto: espantosos truenos seguían a relámpagos deslumbradores, y tras breves instantes de furor apocalíptico, restalló un rayo cegador y apareció un chacal enorme, que se echó a los pies del aterrado mancebo, y le dijo:

— ¡No tengas miedo! Tú salvaste mi vida de los cazadores que con furia seguían mis

pasos; yo salvaré la tuya, en peligro de ser inmолada al deseo de una bella y caprichosa señora.

Y acto seguido se puso a cavar la tierra con sus garras afiladas; y cavó, cavó, con su



El príncipe se presentó otra vez...

astucia conocida, hasta hacer un pozo hon-
do que llegaba, precisamente, debajo de los
cimientos del castillo. Y una vez que tuvo
hecho el pozo, metió en él al mancebo y le
dió las siguientes instrucciones:

—Quédate aquí tranquilo. Mañana, cuan-
do amanezca el día, la princesa mirará cui-
dadosamente el cielo, la tierra, las monta-

ñas, el mar; no te verá en parte ninguna y, desesperada y rabiosa por su fracaso, tirará al suelo su espejo encantado, creyendo que de nada le sirve. Observa atentamente, y cuando oigas el ruido del cristal al caer al suelo, levántate, da un fuerte golpe con la cabeza contra el techo y preséntate a ella.

Dicho esto, el chacal se marchó. El príncipe pasó la noche en vela, lleno de inquietud y esperando oír el ruido que el espejo había de hacer al romperse.

La princesa se levantó muy tempranera; cogió su espejo mágico y se puso a buscar el sitio donde su pretendiente estaba oculto. Miró en el mar y no vió nada; dirigió luego su vista a las montañas con el mismo resultado negativo; observó atentamente el cielo, ¡y nada! Repitió una vez y otra vez sus investigaciones y no logró más éxito. Desesperada y rabiosa, tiró al suelo el espejo que de nada le servía.

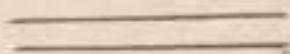
En el mismo instante, el príncipe fugitivo dió con la cabeza un fuerte golpe en el techo de su cueva, que era el suelo de la cámara donde la princesa lloraba de rabia y despecho; abrióse el piso y apareció el joven ante la hermosa doncella, y le dijo:

— He ganado la apuesta: tú eres mía, y yo soy tu esposo.

Enjugó la princesa sus lágrimas, mandó llamar a los visires del rey, su padre, que anunciaron al soberano lo que había sucedido. Y sin perder día se dispuso lo necesario para celebrar las bodas.

Poco tiempo después, el príncipe dió a conocer su verdadera personalidad, y logró apoderarse de un pez, cuya grasa curaba la ceguera. Y acompañado de su esposa y de su brillante séquito, se dirigió a la corte del rey, su padre, que yacía sumido en las tinieblas corporales.

Con la vista recobró al hijo que creía muerto y traidor, y vió transcurrir los últimos años de su vida feliz y tranquilo.



LA ESPOSA DEL DRAGÓN

EN épocas remotísimas de nosotros, en un país muy lejano, allá, mucho más allá del monte Ararat, vivía un rey.

Era extremadamente rico, hasta almacenar el oro y la plata en los grandes subterráneos de su tesoro inaccesible. Tenía a sus órdenes ejércitos innumerables, que en un momento hubieran podido avasallar a todos sus vecinos. Dominaba en pueblos sin cuento; hermosas y populosas ciudades le rendían pleito homenaje. Pero no tenía hijos; por lo cual todas sus riquezas, todo su poderío, todo su dominio no le servía de nada, ya que su corazón estaba siempre triste.

Ni los remedios de los más excelentes mé-

dicos de la tierra, con quienes había consultado, ni los ensalmos y conjuros de los más hábiles sortilegos, llamados en su auxilio, habían logrado obtener la gracia tan anhelada de un hijo, que pudiera suceder al rey en el trono, y dar alegría a su continua soledad. Derviches, magos, encantadores, sabios, todas aquellas personas que pudieran mostrar un camino, fueron consultados: todo resultó inútil.

El rey, convencido de la incapacidad de los hombres para resolver aquel grave problema, volvió sus ojos al cielo: ofreció sacrificios, derramó a manos llenas las riquezas de sus tesoros sobre las cabezas de los pobres necesitados; dedicó muchas horas del día a la oración, dirigiéndola siete veces a Dios, puesto de hinojos sobre la tierra y postrada su cara hasta tocar el polvo. Pero sus súplicas no eran oídas, al parecer.

Triste y abatido más que nunca, arrasaba un día la pesadumbre de su melancolía, dando pábulo a sus sueños desesperados mientras paseaba por un sitio aislado en sus inmensos jardines, cuando de pronto vió una víbora, que rodeada de su cría, se calentaba al sol. Uno de los viboreznos ju-

gaba enroscándose en el cuello de su madre; otras veces se dejaba caer suavemente por su vientre; algunas veces llegaba hasta meter su cabeza en las fauces de la vieja, y sin dejar de moverse y de jugar.

Embelesado contempló el rey aquella escena durante largo rato. Un profundo suspiro se escapó de su pecho, y no pudo menos de exclamar:

— ¡Grande, inmensa es tu gloria, Dios creador! Hasta en el corazón de la serpiente has puesto el amor, para que pueda querer y acariciar a sus pequeñuelos. Bien sabes tú, señor, que en mi corazón guardo como un tesoro el amor que en él te dignaste infundir. ¿Por qué no me das, como a la serpiente, alguien a quien yo pueda amar, a quien yo acaricie con mis manos y con mis besos, que sea el consuelo de mi vejez?

La Providencia hizo que en aquel momento estuviesen abiertas las puertas del cielo, por lo cual las palabras angustiosas y suplicantes del rey pudieron llegar hasta los oídos de Dios.

Apenas había trascurrido un año después de esta escena, la reina tuvo sucesión; pero, con gran asombro de todos, el recién naci-

do, momentos después de venir al mundo, tomó la figura de una serpiente; conforme iba alentando, iba creciendo, creciendo, y en pocas horas, se convirtió en un dragón



Al verse abandonado, el dragón comenzó a verter gruesas lágrimas.

colosal, temeroso. Todos los presentes huyeron despavoridos; y el dragón, al verse solo y abandonado, rompió a llorar. Pero ¡qué llanto! Sus gritos y sus bramidos eran tan fuertes, que atronaban todo el palacio real, llevando por doquier el espanto y la confusión.

Nadie quería decir al rey lo que había

sucedido; pero llegó a enterarse de los estentóreos bramidos del dragón, y hubo de preguntar de dónde salía aquel formidable estruendo. Su primer ministro, arrojándose a los pies del soberano, le explicó todo lo sucedido. El rey se acordó de su petición de aquel día que paseaba por el jardín y, mordiéndose el dedo, exclamó:

— ¡Dios me ha dado lo que yo le pedía! —. Después preguntó al ministro —: ¿Y cómo es de grande ese dragón? ¿Es quizá como un hombre?

— Como cada momento crece — le contestó —, pronto será mucho mayor que un hombre.

— ¡Bien! — exclamó el rey, resignado —. ¿Qué haremos ahora? Lo hecho, hecho está. Dios nos lo ha dado: acatados sean sus secretos designios. Serpiente o dragón, es mi hijo: hay que cuidarlo, hay que darle de comer para que no se muera.

Entonces, los criados del rey trajeron alimentos de todas clases, los más exquisitos platos de la cocina del soberano, los dulces más delicados, las frutas más olorosas y exquisitas; pero el dragón no se acercó a nada de esto, no lo quiso, y siguió gritando.

El rey, al ver aquello, hizo venir a toda prisa a los sabios de su reino, y les preguntó, lleno de ansiedad y de amargura:

— Decidme vosotros, sabios de mi país: ¿Qué es lo que come el dragón? ¿Qué le daremos para que se alimente? Yo no consentiré que se muera de hambre.

Los sabios quedaron perplejos y no sabían qué responder al rey; pero éste cada vez los apremiaba más, reprochándoles su ignorancia.

— ¡Decidme, decidme! — gritaba fuera de sí —. ¿Qué daremos de comer a mi hijo para que no se muera de hambre?

Por fin, uno de los sabios, el más anciano de todos, respondió secamente:

— El dragón no comerá más que doncellas. Prueba y verás cómo digo la verdad.

— ¿Y con quién hacer la prueba? — exclamó angustiado el monarca —. Comencemos por tu hija; luego pediremos las suyas a otros.

Pero los otros sabios, consternados ante la perspectiva de tener que ir entregando sus hijas para alimento del dragón, intervinieron, diciendo:

— ¡Viva nuestro señor el rey! Es muy ra-

zorable lo que has decidido de que sea dada primeramente al dragón la hija del que ha expuesto tal opinión; pero esta medida terminaría por resultar una desgracia para ti y para tu reino. Todos nosotros sacrificaremos nuestras hijas, ahogando los latidos del corazón; pero cuando llegue, que forzosamente llegará, el momento en que haya que acudir al pueblo, no sucederá otro tanto. Cuando la gente sepa que quieres dar sus hijas al dragón, se rebelarán contra ti y te destronarán. Parece mejor camino enviar emisarios a otros países donde roben doncellas, y las traigan aquí para que sirvan de comida al dragón.

El rey quedó convencido de la prudencia de este consejo y mandó unos cuantos centenares de soldados al otro lado de los montes de Ararat a que robaran doncellas. Los cuales soldados salieron precipitadamente, con órdenes apremiantes de volver en seguida para que no pasara hambre el dragón.



Había por entonces al otro lado de los montes de Ararat una ciudad llamada Are-

vau, habitada casi en su totalidad por armenios. Una de las familias allí residente era la de un hombre casado dos veces; tenía dos hijas, una de su primera mujer, otra de la segunda. El padre quería por igual a sus dos hijas; pero su esposa odiaba a su hijastra, la hija de la mujer difunta. Y la causa de su odio estribaba, aparte de en tener un corazón malvado y atrabiliario, en la envidia que sentía al comparar el valor de su hija con el mérito de su hijastra.

Ésta se llamaba Sol, y a su hermana decían Maudis. Sol lo era en verdad: su faz brillaba como la del astro rey; sus facciones, finas y perfectas, daban a su rostro el aspecto de una santa imagen; sus ojos fascinaban con un mirar dulce e ingenuo; la sonrisa con que de ordinario se mostraba, le captaba todas las simpatías. La otra, su hermana Maudis, era de color cetrino y oscuro, de facciones duras, de ojos pequeños y sin expresión, de torvo mirar. La madre estaba furiosa, viendo que su hija era tan fea y tan poco agraciada, mientras que la hijastra llamaba la atención por su hermosura y por su agrado.

Todos los días la madrastra hacía que Sol

se ocupase en las más rudas faenas: ella había de ordeñar la vaca, ella tenía que cocer el pan, ella había de fregar la vajilla, ella tenía que acarrear a hombros la hierba y la paja. Con eso la madrastra esperaba que las manos blancas y suaves de Sol se cubriesen de arrugas y de durezas; que su tez se tostase y ennegreciese; que su esbelto y erguido talle se encorvase; que, perdida la fuerza, se quedase pálida, descolorida, ajada. Pero resultaba todo lo contrario: la moza cada vez estaba más fuerte y más bonita, con más colores en las mejillas, con más gracia en sus modales, con más alegría, con más hermosura. Mientras que su hermana, que no hacía nada, que no se ocupaba en las faenas de la casa ni del campo, que vivía como la hija de unos grandes señores, cada vez estaba más flaca y delgada, más descolorida, más triste, más agria, más fea.

Sol no se cansaba de trabajar. Y tan acostumbrada estaba a toda clase de faenas, que no se daba minuto de reposo, con la mejor voluntad y agrado. Cuando terminaba sus penosos trabajos, muchas veces duros como los de un hombre, se ponía a hilar o a hacer calceta, o a torcer el hilo de seda. Si te-

nía que ir a la fuente a buscar agua, siempre se llevaba alguna labor, y en vez de estar ociosa, mientras le llegaba su turno, o de entretenerse en jugar con las otras mozas, hilaba con su huso, o hacía media. La garrida moza era hábil para todo: sabía construir un pozo, sabía cultivar la tierra, sabía tejer, cortar los vestidos y coserlos; sabía guisar platos exquisitos, sabía cocer el pan, ordeñar las vacas, preparar la manteca, disponer todas las cosas domésticas. Era una doncella sin igual; pero, por su desgracia, había caído en manos de una madrastra, y aunque ella hiciese bien todas las cosas, todo parecía mal hecho a aquella cruel y malvada mujer, de tan malos instintos como una loba; y en cualquier momento encontraba pretexto para tirar por el suelo a la inocente Sol y darle patadas y golpes, arrancarle los cabellos, ensangrentarle la nariz y la boca, maltratarla furiosamente; y lo peor de todo era que no perdonaba medio para convencer a su marido de que su hija Sol crecía en maldad y tozudez. La pobre niña no podía justificarse; quería hablar, quería decir la verdad, pero las lágrimas ahogaban la voz en su gargan-

ta al ver que el padre daba crédito a las palabras de su malvada esposa.

En estos momentos terribles, cuando su padre la renegaba y la reprendía severamente, Sol no encontraba a quién quejarse, con quién explayar su dolorido corazón; y se iba a visitar la tumba de su madre. Puesta de hinojos, lloraba hasta desahogar su pecho, y después de pasar largas horas en tan dulce compañía, volvía a su casa con el corazón más tranquilo.

¡Cuántas veces, apoyando su hermosa cabeza sobre la tumba de la madre amada, se quedaba dormida! Y entonces soñaba, soñaba... Veía a su madre en persona, y se acogía en su regazo amoroso, abrazándose a su cuello. Y la madre le prodigaba sus caricias y la besaba y la consolaba, dándole siempre buenos consejos, encargándole con la mayor solicitud que fuera siempre buena, que tuviera paciencia para sufrir todos los trabajos y pesadumbres que su penosa vida le ofrecía. «Dios no abandona nunca al inocente — le decía la sombra de la madre —; pórtate siempre de modo que Él esté contento de ti y ponga en ti su amor. Si eres buena, si no faltas a ningún man-

damiento de la ley de Dios, Él te protegerá y te librará algún día de tus penas.»

Sol hallaba nuevas fuerzas en estas palabras de consuelo; se serenaba, olvidaba los trabajos que la madrastra desalmada le



Reclinándose sobre la tumba de la madre amada, quedábase dormida.

hacia pasar, y cada día se desarrollaba más y más, creciendo bellá como una rosa, humilde y atractiva como una violeta. Y era tan puro y tan inocente su corazón, que todas las mañanas y todas las tardes, cuando hacía sus oraciones, le parecía que su alma volaba hasta el cielo y que llegaba al trono

del Altísimo, y allí, mezclada con los Ángeles, bendecía el nombre del Creador.

Si ella hacía alguna limosna, por pequeña que fuese, supuesta su pobreza, se volvía a los ojos de los pobres como una grande y rica ofrenda: todos los menesterosos a quienes socorría, elevaban al cielo sus ojos llenos de lágrimas y pedían a Dios que concediese larga vida a la inocente joven.

Que Dios mismo amaba a Sol, lo demostraba el odio que le tenían los malvados y el amor que le profesaban las almas buenas. Todos los seres inocentes sentíanse felices al verla. Todos los animales domésticos, el buey lo mismo que la vaca, el cordero y la cabra, el perro y el gato, cuando veían a la madrastra, huían apresuradamente, si podían, y si no, la miraban con malos ojos: el perro le ladraba, el gato le bufaba, la vaca no se dejaba ordeñar por ella y coceaba furiosa, el caballo se encabritaba, el buey la miraba amenazador, la cabra y el carnero huían velozmente. Y estos mismos animales, estas bestias inocentes, cuando veían a Sol, la rodeaban con solicitud, la acariciaban, le lamían las manos y llegaban a empujarse unos con otros por alcanzar su pre-

sencia. La vaca se dejaba ordeñar de ella y hasta se colocaba de forma que la muchacha pudiera estar cómodamente sentada. Y cuando iba al huerto, o a recoger agua, el perro no se apartaba de su lado, para guardarla de cualquier accidente posible, y estaba siempre valiente y pronto a obedecerla a la primera señal.

Hasta este extremo era buena y amada la hermosa Sol: ¡lástima que el corazón de su madrastra fuera duro como la piedra, y muerto para todo sentimiento, no dejase de inventar cada día un nuevo suplicio para maltratar a la desdichada e inocente Sol!



Llegó un día en que empezó a circular por aquella comarca el rumor confuso de que toda muchacha que salía al campo, no volvía más; se decía que un dragón horrible acababa de presentarse en la región y que devoraba a todas las doncellas desaparecidas.

Tan extraña noticia causó vivísimo placer en el corazón empedernido de la madrastra, que se dijo:

— ¡Qué cosa más buena! Mandaré a la muchacha al campo y así caerá en las fauces del dragón.

Y sin perder día, le mandó que llevara a pacer al carnero y a la vaca. Dióle un pan, diciéndole que lo llevara por el campo y lo volviera a traer por la noche, para que ella, la madrastra, pudiera saborearlo: era creencia que el pan que es paseado por el campo tiene mejor gusto. Y le entregó también un gran vellón de lana, encargándole que la hilara antes de llegar la noche, y se la trajera.

Sol, arreando suavemente a la vaca y al carnero, los llevó lejos, lejos, sin saber hasta dónde debía llegar. Se encontró en un lugar cubierto de hierba, que por nadie había sido pisada todavía; sentóse en el suelo y comenzó a dar vueltas a su huso, llorando lágrimas amargas, mientras que los dos animales pacían y descansaban.

Al caer la tarde, cuando el sol empezaba a ocultarse tras las montañas de Occidente, la bella pastora decidió levantarse y volver a su casa. Recogió a los animales, y cuando se disponía a salir al camino, vió con sorpresa a una mujer viejecita, de as-

pecto agradable y sonriente, que estaba de pie junto a ella. Se apresuró la niña a interponerse entre el perro y la vieja, temerosa de que el animal le hiciese algún daño; pero la anciana le habló dulcemente:

— ¡No tengas miedo, Sol! No me mordeará el perro; ya sabe él que yo no soy mala. ¿No ves qué alegre está y cómo menea la cola?

— ¿Pues quién eres tú, abuelita? — preguntó la muchacha —. Yo no te he visto nunca. ¿No eres de nuestro pueblo, verdad?

— Yo no soy de ningún pueblo, querida mía — contestó la vieja —, ni siquiera soy de este mundo que estamos pisando: Soy Arevamair, la madre del sol. Me he enterado de los sufrimientos que padeces; me han enternecido tu inocencia y tu desgracia, y he venido para poner fin a tus amarguras. Arrodillate: voy a darte mi bendición para que puedas lograr ver cumplidos tus deseos.

Tales palabras dejaron asombrada a la inocente muchacha. Fijóse atentamente en la anciana y vió que no se parecía a las viejas que ella había visto y conocía. Los vestidos de aquélla centelleaban como si hubieran sido fundidos en oro en lugar de

estar confeccionados con telas corrientes. Sus ojos despedían rayos de luz tan brillantes como los del astro rey. Su manera de hablar era tan dulce, su voz tan armoniosa, que la niña pensó que era su propia madre, tal como ella la veía en sueños, rodeada de un nimbo de gloria.

Dobló Sol las rodillas ante el mandato de la anciana, y trató de besar los pies a su bienhechora; pero ésta no le dejó; levantó la cabeza de la niña, sosteniéndola con las manos, y la bendijo con estas palabras:

— ¡Florezcan las rosas bajo tus pies! ¡Extiéndanse las violetas como una alfombra por donde pases! ¡Dios permita que puedas llegar al fin que tienes destinado, y que yo vea la diadema y la corona brillando sobre tus sienes! ¡El Señor te acompañe en todos tus pasos, y así no te morderán la serpiente ni el escorpión! ¡Ojalá que tu choza se convierta en palacio, que sus vigas se vuelvan diamantes, que sus muros y sus pisos sean de oro y plata, y que sus techos se formen con piedras preciosas!

La anciana añadió a su bendición otros mil cumplimientos y votos y dió consejos a la moza, le predijo su porvenir y le reco-

mendó estar siempre preparada y vigilante.
Acabando con estas palabras:

— ¡Levántate, hermosa niña! ¡Yo te bendigo y elevo mis plegarias al Altísimo para



— Levántate, hermosa niña — invitó la anciana con acento dulce y amable.

que no te ocurra ningún mal, para que no te falte ni siquiera un cabello de tu cabeza!

Y, besándola en la frente, añadió:

— Con este beso aumento tu belleza con la mía propia.

Entrególe después un envoltorio: era un vestido preciosísimo, adornado todo con riquísimas perlas, y tan fino, que se hubiera

pensado estar tejido, no con algodón o con seda, sino con rayos de sol.

— Guarda este vestido sobre tu pecho hasta el día de tu boda — le dijo la viejecita —, y en este día pónitelo. Y ahora me voy, porque mi hijo me espera.

Y desapareció de repente, en el mismo momento en que el sol se ponía.



La niña quedó tan sorprendida por tal aparición, que dudaba si estaba durmiendo o despierta; de rodillas en tierra, no sabía si aquello había sido un sueño o era una realidad. Se llevó la mano al pecho y notó que allí tenía el vestido, y se convenció de que no soñaba. La alegría invadió todo su ser: se desarrugó su ceño, su rostro se iluminó, hasta su hambre desaparecía... Y, levantándose, emprendió la vuelta de su casa, conduciendo a la vaca y al carnero, a quienes colmaba de caricias, como queriéndoles hacer partícipes de su alegría.

Caminaba, caminaba... Cada vez eran más espesas las tinieblas de la noche, que se le echaba encima; de pronto, vió venir a lo

lejos a unos caballeros, cubiertos de armas y de corazas. Dióle el corazón que no se trataba de gente buena. El perro les ladraba desaforadamente, y con diversos movimientos trataba de dar a conocer a Sol el temor que aquellas gentes le causaban. La pobre muchacha, viendo que no había medio de escapar de las manos de aquellos hombres que a largos pasos se acercaban, se embadurnó la cara con barro, con objeto de disimular su belleza y de que no se fijaran en ella.

Llegó el tropel de caballeros y vieron a una muchachita fea; pero en su lenguaje se dijeron: «¿Qué nos importa que sea hermosa o fea? ¡Si debe entrar en el vientre del dragón!» (Porque aquellos caballeros no eran otros que los soldados enviados por el rey a robar doncellas para dárselas de comer a su hijo el dragón.)

— ¡Niña! — dijeron a Sol —. No intentes huir, porque te será imposible. Monta a la grupa de uno de nuestros caballos: es necesario que te llevemos.

La muchacha quedó perpleja. Pero se dijo: «¿Qué puedo hacer yo? Que me lleven adonde quieran; después de todo, segura-

mente no será peor que mi casa, y al menos me libraré de mi madrastra.»

Y besando los ojos de su vaca y su carnero, se despidió de ellos y montó en uno de los caballos. La vaca y el carnero parecía que se daban cuenta de lo que pasaba, y se pusieron a mugir y a balar desesperados; el perro no se apartó de los caballeros, y siguió las huellas de su dueña, lanzando aullidos lastimeros.

Después de una larga caminata, atravesando barrancos y cruzando ríos, al filo de la media noche, llegaron al pie de una roca alta y escarpada. Apearónse los soldados de sus caballos, arrastraron a la infeliz cautiva y la condujeron a una cueva que se abría en la base de la peña. Espantada quedó al ver dentro, atadas en lastimosa cuerda, hasta unas cuarenta doncellas, robadas también en los pueblos y aldeas de las cercanías. Las pobres dejaban escapar sollozos entrecortados; en sus caras pálidas y medrosas se reflejaba el espanto que las dominaba; sus cabelleras sueltas y enmarañadas indicaban bien a las claras los esfuerzos que habían debido hacer para impedir su cautiverio. No se oía otra cosa que

llantos y suspiros en aquella caverna tenebrosa.

Sol, más animosa, trató de levantar el espíritu de aquellas desgraciadas.

— No temáis — les decía —; no seáis cobardes. ¿Qué nos puede pasar? Seguramente nos venderán a todas como esclavas; y en este caso, ya nos ingeniaremos para escapar de manos de nuestros dueños y volvernos a nuestro país.

Pero todos los esfuerzos de la buena Sol por consolarlas fueron inútiles, porque muchas de ellas sabían ya que su triste fin sería servir de comida al dragón, hijo del rey, pues la terrible noticia se había extendido rápidamente por toda la comarca.

Apenas clareaba el alba, los soldados sacaron de la gruta la cuerda de prisioneras, y como una larga y fúnebre procesión las llevaron, a través de valles y de montañas, al palacio del rey. Al entrar en la ciudad, todos sus habitantes, pequeños y grandes, salieron a las puertas y a las calles para curiosear y ver aquellas mozas. Y pudieron contemplar a las más garridas y hermosas doncellas de Armenia, en aquella infame cadena de presas que los soldados ladrones

habían formado. Y todo el pueblo sintió hondo pesar al saber que aquellas bellísimas muchachas habían de ser presa de la voracidad del dragón.

Llegadas que fueron a palacio, el rey ordenó que las guardaran en una hermosa y apacible casa; dispuso que las ataviaran con los más espléndidos y lujosos vestidos; mandó que les dieran los más exquisitos manjares, y determinó que cada día habían de entregar al dragón una de aquellas muchachas.

La primera que destinaron a ser devorada por el horrible animal fué Sol: parecía la más fea de todas, porque se había embadurnado la cara con barro y con hollín; y por esta razón de fealdad y porque, además, no mostraba miedo alguno, los criados del rey pensaron en llevársela la primera, para animar a las otras.

Entraron, pues, a su habitación y con exquisitas y cortesanías palabras le rogaron que los siguiese.

— Ven, hermosa, ven — le decían con tono zalamero —. No tengas cuidado, que nada malo te pasará. Vamos a casarte con el hijo del rey. Vas a ser reina.

Y entreteniéndola con palabras engañosas, fueron llevándola hasta el departamento que dentro del recinto de palacio ocupaba el dragón, hijo del rey. Un jardín grande y delicioso precedía a las habitaciones del terrible animal. Ya estaba dentro del jardín y los criados se disponían a abrir la fatídica puerta, cuando Sol, volviéndose a ellos, les habló con infantil ingenuidad:

— Puesto que me lleváis a la casa del hijo del rey, permitidme que me lave la cara en la pila de esta fuente, que me arregle los vestidos, que me peine un poco. No está bien que me presente al príncipe con tales trazas.

— Haz lo que te plazca — le contestaron —; ya nos apartaremos, para no molestarte.

Y se retiraron del jardín. Sol se lavó la cara, limpiándose la del barro y del hollín; peinó con exquisito gusto su rubia cabellera; se vistió con el traje que la anciana Arevamaii la entregara.

Llamó a sus guardianes, que al verla tan bien vestida y tan adornada, se quedaron con la boca abierta: les parecía que otro sol acababa de iluminar el delicioso jardín.

Les costaba trabajo creer que era la misma muchacha, sucia y despeinada, que ellos traían, y hasta que fuese un ser terrenal. Pensaban que había bajado del cielo, tomando las apariencias de una chica pobre, y que ahora se había presentado con su verdadera figura.

Sol se acercó a ellos, y sin titubeo alguno, con gran resolución y sonriente, les dijo:

— ¿Pero que hacéis ahí con la boca abierta y con los ojos fijos, como tontos? Decidme el camino por donde he de ir a las habitaciones del príncipe.

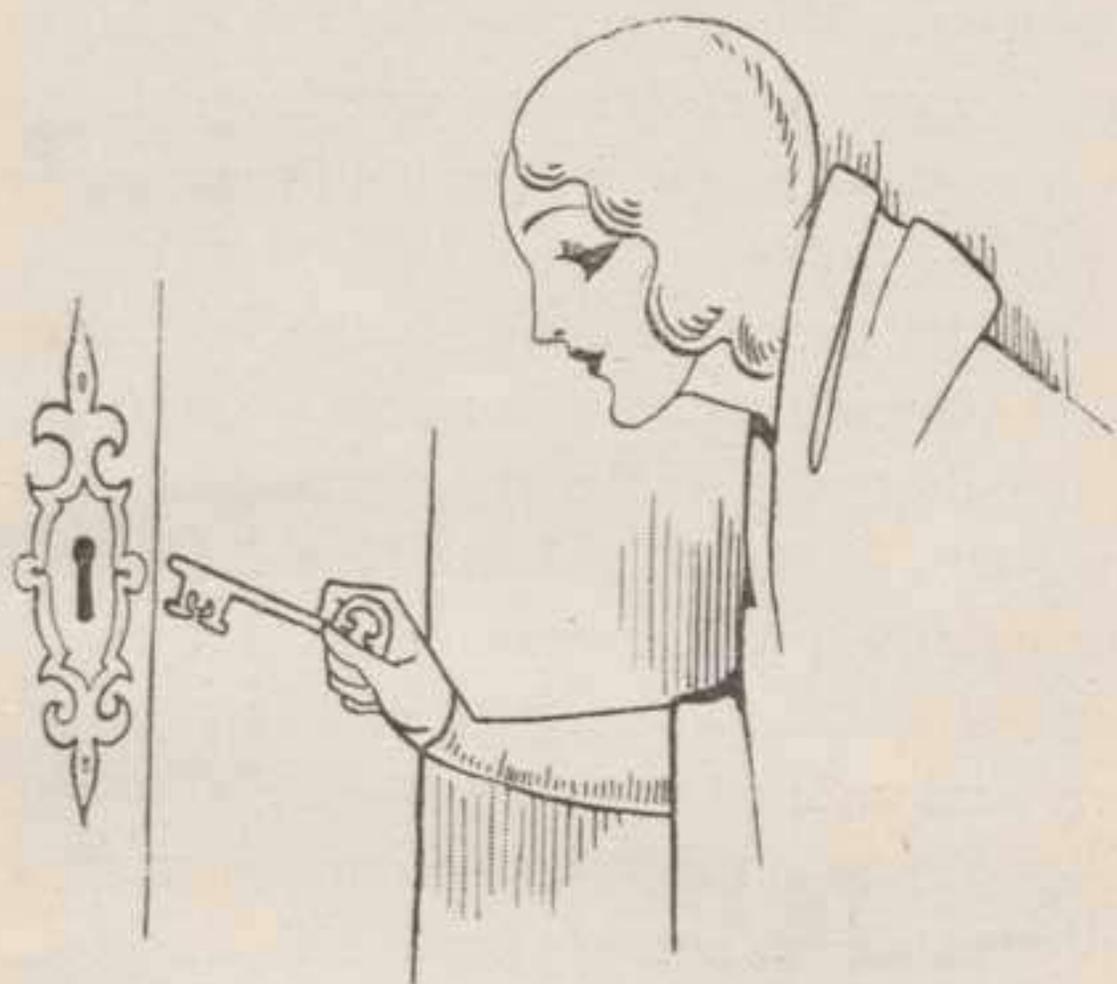
Al oír aquellas palabras se echaron a temblar y, cayendo de rodillas ante ella, le pidieron perdón por su pecado, diciéndole:

— No te habíamos traído aquí para casarte; te hemos engañado. Estás destinada a ser presa de un dragón, que está recluido en esta cámara inmediata. Pero, si tú quieres, te salvaremos, aunque luego el rey nos haga ahorcar, por desobedecerle.

— Nada de eso es preciso — dijo resueltamente la doncella —. Dadme las llaves de las puertas y marchaos. No temo al dragón.

Admirados de tanta valentía, le entrega-

ron las llaves y se marcharon. Abrió ella la puerta y, pasando de una cámara a otra, llegó a un salón amplio, en donde vió a un



Con valentía insospechada la joven abrió la puerta.

dragón colosal, tendido en un diván largo y de escasa altura.

Detúvose la joven a cierta distancia y dirigió la palabra al animal:

— Yo te saludo, ¡oh, hijo del rey! Vengo de casa de Arevamair; ella te envía sus más sinceras felicitaciones y hace votos por que tu vida sea larga.

El dragón levantó la cabeza y miró a la

muchacha con ojos devoradores. Sol se estremeció de espanto; todo su cuerpo temblaba; los cabellos se le erizaron en la cabeza, y volvió el rostro, para no sufrir la mirada amenazadora del dragón. Éste, al notar que la doncella tenía miedo, volvió la cabeza y, después le hacía aproximarse, acercándola con su cola disforme. Y cuando la tenía cerca, volvía a mirarla fijamente, para asustarla. Muchas veces repitió el dragón esta burla, atormentando así a la medrosa muchacha. Pero ella se acordó del consejo de Arevamair y, recobrando el valor, exclamó:

— ¡Oh, hijo del rey! Si quieres comerme, trágame de un bocado, y acaba de una vez con mi triste vida. ¿Por qué me has de atormentar así? Si no quieres tragarme, ¡yo te ordeno, en nombre de Arevamair, que salgas de la envoltura que te cubre!

Apenas acabó de pronunciar tales palabras, el dragón se empezó a hacer un ovillo. Cada vez tomaba una forma más redonda; temblaba jadeante, se retorcia desesperadamente, y de golpe la bola estalló con tal estruendo, que todo el palacio se estremeció y el propio rey saltó de su trono.



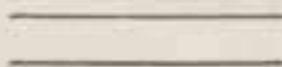
El dragón se había transformado en un lindo mancebo.

Todos los criados y servidores del monarca se acercaron apresuradamente para ver lo que ocurría; y hallaron la piel del dragón y a su lado un gallardo mancebo envuelto en un manto blanco como el armiño, que hablaba y reía con una doncella, blanca como el sol, vestida de seda y de oro.

Corrieron al instante a dar la noticia al rey, pidiéndole albricias y diciéndole:

— Señor, el dragón se ha vuelto un mozo blanco y hermoso.

El rey y la reina se apresuraron a ir para abrazar a su hijo y a Sol. Poco después se celebraban las bodas del príncipe, hijo de la serpiente, con la hermosa y buena Sol, con festejos populares que duraron sin interrupción siete días y siete noches.



EL BANQUETE DE LOS DICHOSOS

REINABA sobre cierto país lejano un monarca, cuyas riquezas eran inagotables; su gloria y su fama llenaban toda la tierra; su valentía había puesto a raya a los rebeldes y traidores que osaron hacerle sombra; su generosidad le había conquistado el afecto y el cariño de sus súbditos, pues todo el que acudía a su bondad era obsequiado y socorrido espléndidamente; la ostentación y fausto de su corte admiraban a propios y extraños, pues las fiestas y banquetes que ofrecía con ocasión de embajadas o de aniversarios, eran esplendentes y magníficos.

El rey se lamentaba cierto día ante su gran visir, sabio, prudente y enérgico varón, de las preocupaciones y desvelos que le ocasionaba el gobernar.

— Ya ves — le decía — cómo no tengo un momento libre para dedicarme a ninguna diversión. Siempre sujeto; siempre pendiente de los asuntos políticos, que requieren la más exquisita vigilancia. Procuro que mis súbditos tengan bienestar, y es a costa de mi sueño y de mi descanso; quiero que en mi reino impere la justicia, pero he de intervenir yo mismo en la administración, para evitar cohechos y desafueros, tan propios de la condición humana; trato de aumentar las fuerzas militares del país, para poder rechazar cualquier ataque de nuestros enemigos, y tú conoces perfectamente las dificultades con que tropiezas para allegar los recursos precisos. Yo no podré resistir mucho tiempo esta agobiante pesadumbre del Gobierno. Búscame, te lo ruego, personas que puedan aligerarme este peso, que me ayuden en la difícil y engorrosa tarea de gobernar; preséntame individuos capaces de sustituirme en algunas funciones, y yo los investiré de autoridad, por mucho que me cueste.

— ¡Señor! — contestó el visir con amable sonrisa —. No conozco a ningún hombre que viva en el mundo y esté libre de

penas y de preocupaciones. La copa de los placeres y de la alegría está, señor, en tus manos, se ofrece a tu alcance llena y deliciosa: no tienes que hacer sino escoger prudente y atinadamente. ¡Saber elegir: ése es el secreto!

El rey, molesto por aquellas palabras, se enojó con el visir, y, con semblante de disgusto, le preguntó:

— ¿De modo que tú crees que no hay ningún hombre en la tierra sin penas ni disgustos?

— Lo afirmo — replicó el visir — con el mayor respeto a la opinión de mi señor y dueño el rey.

Y el soberano alejó al visir de su presencia, profundamente enojado. Pasado un corto plazo de tiempo, tomó la determinación de averiguar por si mismo la veracidad del aserto del visir, y decidió abandonar el reino. Dejó las riendas del Poder en manos de su sabio ministro. Vistióse un disfraz con el que nadie pudiera conocerlo, ensilló su corcel más corredor y rodeó a su cintura una bolsa bien repleta de oro. Después de todos estos preparativos, partió.

Semanas, meses, años enteros anduvo re-

corriendo mundo: pasó por las más populosas ciudades, cuyas casas y palacios maravillaban al viajero; recorrió las aldeas más alejadas del ruido y tráfago comercial; vi-



— Lo afirmo — replicó con entereza el visir.

sitó países de todas las razas, de todas las religiones; entró en los maravillosos alcázares de los reyes y de los poderosos, en los mezquinos tugurios de los pobres y en las cuevas de los mendigos; en todas partes pudo comprobar que su visir tenía razón: en ningún sitio halló al hombre feliz, libre de penas y de disgustos.

Cuando ya había recorrido toda la tierra,

llegó cierto día a la puerta de un magnífico jardín. Árboles cubiertos de maduras frutas de toda especie formaban amplios paseos, invitando a discurrir debajo de su frondosidad. Rodeaba aquella enorme extensión de terreno una alta pared construída con mármol blanco. La puerta estaba libre: ningún guardián detenía el paso del viajero que quisiera internarse por aquella espesura. El rey penetró en el delicioso jardín. Anduvo un buen trecho admirando los naranjos y los limoneros, los manzanos y los almendros y otras muchas especies de árboles, cuajados de frutos, cuyo olor y cuya vista incitaba a comerlos. Divisó una amplia pradera, verde como la esmeralda, cubierta de flores que exhalaban los perfumes más finos y delicados. Sentóse a descansar en aquel delicioso lugar, donde oía confundirse el canto de los ruiseñores con el gorjeo de los mirlos y de los colorines. Nada podía sospecharse más grato a los ojos que aquel panorama; nada más delicioso a los oídos que aquel encantador concierto.

En un altozano que cerca se divisaba, levantábase una amplia tienda, lujosamente decorada, a cuyos lados agradables arro-

yuelos y fuentes cristalinas dejaban oír su eterno murmurio. Acercóse y pudo ver hasta siete hombres, de diversas edades y condiciones, sentados alrededor de una mesa servida con los más selectos y suculentos manjares, con los vinos y licores más exquisitos. La alegría se veía radiante en los rostros de todos los comensales. El perfume de las flores, el aroma delicioso de los frutos y de los vinos, los cantos de los pájaros, los elocuentes discursos de los brindis, todo se fundía en una sola emoción de alegría y de bienestar, de dicha y de felicidad. Ni una sombra había para oscurecer el riente cuadro. Aquel era, sin duda, el banquete de los dichosos.

El rey se adelantó hacia los felices comensales y, después de saludarlos amablemente, les habló así:

— Vengo buscando desde hace muchos años por todas las tierras y por todos los mares hombres que no sepan lo que es pena. Ya iba desesperando de encontrarlos; pero al fin los hallo, al fin veo hombres enteramente felices.

— ¡Extranjero! — le contestaron —. Pasa, descansa entre nosotros; come de nues-

tros manjares, bebe de nuestros vinos; repón tus fuerzas; luego seguirás tu camino y nosotros el nuestro. Te diremos algo de nuestra vida y tú, que nos crees felices, podrás juzgar si lo somos.

El rey pasó a la tienda, sentóse entre aquellos hombres y comió y bebió con ellos. Después cada cual contó su historia.



El primero dijo con voz reposada:

— Yo era rey de Arabia y mis tesoros eran innumerables. Para daros idea del boato de mi casa, os diré que con motivo de una expedición militar, el mayordomo mayor de mi palacio vino a comunicarme que nueve mil camellos estaban cargados ya con la vajilla de mi cocina y que todavía no eran suficientes; fué necesario cargar otro centenar de camellos. El día siguiente se dió la batalla. La suerte me fué contraria y el enemigo deshizo por completo mis ejércitos, saqueó mi campamento, pasó a cuchillo a mis tropas y yo mismo caí prisionero, después de haber buscado la muerte con arrojo y decisión desesperada. Ensangrentado,

rotos en jirones mis ricos vestidos, sucios por el lodo; desfigurado y maltrecho, fui arrojado a una inmunda cuadra, donde pusieron cadenas a mis manos, grilletes a mis pies, sin que nadie creyera mi aserto de ser el rey infeliz del ejército derrotado.

Al llegar la noche, un palafrenero entró a la cuadra y me puso delante la comida: era sencillamente un trozo de carne cocida, metido en una olla pequeña. Después de dejar aquello al alcance de mis manos, el palafrenero se marchó sin decir palabra. Al momento entró un perro, que metió el hocico en la olla, para sacar la carne; yo, sujeto por mis grilletes y cadenas, no podía hacer otra cosa que gritar para espantarlo. Mas el perro, asustado de los gritos y forcejeando por sacar el hocico y la carne, empezó a retroceder levantando en alto la olla y acabó por salir con ella. Yo me eché a reír a carcajadas. En esto entró el mozo de cuadra y, extrañado de mis risotadas, me preguntó la causa. Yo no podía contenerme; al fin le dije: «Me río, porque ayer no bastaban nueve mil camellos para llevar la vajilla de mi cocina, y hoy un perro se la lleva sin ninguna dificultad.»

Convencidos, al fin, de que yo era el rey vencido, me dieron la libertad; pero la vergüenza me impidió volver a entrar en el reino de mis antepasados. Anduve errante por el mundo, hasta que la fatalidad me trajo a este jardín, donde he prolongado mi permanencia. ¿Te parece, extranjero, que soy yo el hombre que vive sin penas?



En seguida habló el segundo:

— Mi padre es el rey de Cobulet. El cielo se había dignado colmarme de todos los bienes, de todas las dichas de este mundo. Pero tenía un enemigo; me odiaba, porque aspiraba a dominar el reino de mi padre; y era más fuerte que nosotros. Yo le sobrepujaba en juventud, en fuerza y en belleza; pero él tenía muchas más riquezas que yo. Yo estaba casado con una mujer ante la cual palidecían los astros del cielo: sus cejas, negras como las alas del cuervo, envolvían unos ojos grandes y luminosos como carbunclos; sus mejillas eran más encarnadas que las rosas de mayo, que, celosas de su hermosura, no se atrevían a abrirse en

su presencia; su tez blanca, más que la plata, a su lado oscura; su talle fino y elegante, podía compararse con el ciprés. Y sobre todas estas bellas cualidades, poseía la de ser buena como un ángel del cielo, amable, cariñosa, trabajadora, discreta. Mi vida a su lado discurría con toda felicidad; ella me amaba con igual cariño que yo había depositado en su corazón.

Un día, mientras yo estaba de caza, el hijo del rey, mi enemigo, hizo irrupción en mi palacio, con un gran número de soldados, y raptó a mi esposa. Mi juventud y mi fuerza no pudieron intentar el rescate, porque mi padre no disponía de tantos ejércitos ni de tan abundantes medios materiales como nuestro vecino rival. Lanzar al pueblo a una aventura guerrera hubiera sido exponerse a perderlo todo. No tuve más remedio que tascar el freno; impotente para arrancar a mi esposa de las garras del ladrón, salí de mi país, lleno de dolor y de desesperación, y corré tierras, visité países, anduve sin descanso. Y aquí me tienes. ¿Soy yo, extranjero, el hombre sin penas?





Cada uno de los comensales fué refiriendo su historia.

El tercero contó así sus andanzas:

— Yo era general en jefe de los ejércitos del emperador bizantino. En una campaña recibí orden de dar la batalla, y se trabó el combate, largo, encarnizado, que terminó con la victoria de mi ejército. Pero en el momento culminante de la pelea, cuando mis soldados luchaban a la desesperada con enemigo superior en número, yo fui presa de un pánico inexplicable e irresistible: sin saber lo que hacía, como alocado, huí del campo a todo el galopar de mi corcel, y volví solo al campamento del emperador. No es necesario decir el efecto que mi presencia produjo al soberano: indignado por mi cobardía, decretó mi suplicio y mi muerte. Con astucias logré engañar a mis guardianes, y escapé de la prisión. Pero durante mi huida, mi caballo, como si estuviera avergonzado de llevar sobre sus lomos a un cobarde, se dejó caer y murió. Hube de seguir mi camino a pie, con fatigas y sufrimientos incontables, hasta que llegué a mi casa. Y allí mi mujer, habladora y aficionada a chismes, la emprendió conmigo y me colmó de injurias y de burlas sangrientas. Un día y otro día repitió sus ironías acerca

de mi valor y de mi pundonor, hasta que me vi forzado a huir otra vez de mi casa y me lancé a correr mundo, sin saber dónde iba. Yo abandoné los más sagrados deberes del honor. ¿Crees tú, extranjero, que seré yo el hombre dichoso que tú vas buscando?



El cuarto comensal se expresó así:

— Mi oficio era cantero, y con mi continuo y honrado trabajo ganaba cada día tres monedas de plata, cantidad suficiente para subvenir a mi manutención y aun para hacer alguna limosna. Un día me visitó un desconocido, que era un hombre de bien. Al ver mi corazón y mi vida de trabajo honrado, pidió a Dios que me concediese la riqueza, puesto que tan noble y caritativo uso venía haciendo de mi pobreza. Pero el Ángel de los Tesoros dijo a aquel piadoso varón: « — Conozco su carácter: si le doy riquezas, no sabrá dominarse ni administrarlas. » Pero el buen hombre salió fiador de mi honradez y de mi bondad. Yo ignoraba, naturalmente, todas las fatigas y todos los esfuerzos que aquel hombre hacía para que yo

fuese rico, y desconocía el hecho de haber empeñado su palabra con la certeza que él abrigaba de que, apenas fuera yo rico, me dedicaría a obras de caridad y a prodigar beneficios a los pobres y necesitados.

Cierto día me ocupaba en derribar una piedra: al sacarla de la cantera, observé en el fondo una cueva grande; ensanché la abertura a martillazos hasta que, tras prolongados esfuerzos, logré penetrar en el interior. Me hallé ante un tesoro fabuloso: montones y montones de oro se ofrecían a mi admirada vista. Trasladé secretamente todas aquellas riquezas y me embarqué hacia un país lejano.

Gracias a mi oro no tardé en ser en aquella tierra un personaje importante. El rey me nombró su gran visir. Mi palacio estaba lleno de los más preciados objetos de la tierra; mis esclavos se contaban por centenares; llegué a tener hasta cien porteros, con varas de oro finísimo, para dar guardia al vestibulo de mi morada.

Pero en aquella vida esplendorosa que yo llevaba me había olvidado de los pobres y de Dios, y ni había pensado siquiera en aquel hombre bueno y puro de intención,

que fué la causa de mi fortuna. Se apoderó de mi alma una sed inextinguible de amontonar riquezas, tan grande y tan ardiente como el deseo de gastarlas en una vida de ostentación y de fausto principescos.

Mi desconocido bienhechor se enteró de la vida que yo llevaba, y preocupado por el cambio operado en mi conciencia, pensó hasta buscarme y se dirigió a mi palacio, con ánimo quizá de reprocharme mi absurda conducta. Mas no pudo verme, porque en la puerta lo rechazaron mis elegantes porteros de las varas de oro, y hasta llegaron a golpearle cuando insistió en su pretensión de hablar conmigo.

Entonces ocurrió algo gravísimo: el Ángel de los Tesoros se apartó de mi lado y vine a ser presa del demonio de la Ambición. Aspiré nada menos que al trono de mi rey; urdí una conspiración para derribarlo y quitarle la vida. Una mano vengativa desató los hilos de la conjuración y fuimos descubiertos. Mis cómplices pagaron con la muerte su traición; fué pregonada mi cabeza, mis riquezas fueron confiscadas, y yo a duras penas logré escapar a uña de caballo y huir. Traté de ocultar mi condición,

volviendo a vivir como cantero, mi primitivo oficio, y otra vez cogí el martillo. Pero ya no aligeraban su peso, como antes, la pureza del corazón y la tranquilidad de la conciencia. Me abrumaba aquella herramienta, antes mi inseparable compañera; se volvió un instrumento de tortura y la tiré. Desde entonces ando errante y vagabundo por toda la faz de la tierra. ¿Sientes acaso, ¡oh extranjero!, envidia de mi felicidad?



El quinto se expresó en estos términos:

— Yo era comerciante en Persia y en mi casa almacenaba las telas más finas, las joyas más lujosas, los perfumes más exquisitos que salen a los mercados de todo el mundo. Y sobre todas las joyas de mi casa excedía en valor mi única hija, huérfana desde pocos días después de nacer, bella como un astro, brillante más aún que la estrella de la mañana. Su negra cabellera atraía como un imán; su talle, fino y elegante como el de una caña, llamaba la atención de cuantos la veían. Yo la había construido para vivir un verdadero palacio encantado. Pronto

la noticia de su belleza traspasó las fronteras y surgieron de todas partes pretendientes, a quienes yo procuraba disuadir de su intento, fundado en la corta edad de la muchacha.

Una vez se me presentó un individuo, ricamente vestido, que me dijo ser heredero del rey de Edesa, y me habló poco más o menos: « — Yo quiero ser tu hermano, más que tu socio; tú venderás las mercaderías que yo te envíe, y estoy seguro que te quedarás contento, más aún, agradecido. » Palabras de oro juzgué aquellas palabras. Hícele grandes honores al supuesto príncipe y lo instalé con toda suntuosidad cerca de mi casa. Entró en mi intimidad; dile cuenta de mis negocios, conoció los secretos de mi almacén. Enseñéle mis joyas más valiosas, descubríle los subterráneos donde yo ponía mi fortuna a salvo de los ataques de los ladrones. A su lado y con su intervención hice algunos buenos negocios y deposité en él toda mi confianza.

Tiempo después me dijo que pensaba partir para su país y me rogó que le acompañara algunas jornadas. Hícelo como deseaba, y cuando volví a mi casa, me di cuen-

ta de la magnitud de la catástrofe. Aquel bandido, fingiéndose príncipe, me había robado todo: mis dineros, mis joyas, mis telas y hasta mi propia hija; y para ello se había construído un paso subterráneo desde su casa hasta la mía. Vanas fueron las pesquisas que hice por hallarlo. Burlado y arruinado, sólo pensé en huir, en apartarme de aquellos sitios donde tan feliz vivía. Y buscando lugar donde olvidar mi tragedia, llegué hasta aquí. ¿Me crees, ¡oh extranjero!, el hombre dichoso que andas buscando?



El sexto hizo la siguiente relación:

— Mi padre es el rey de Valac. Yo, como príncipe heredero, recibí una esmerada educación. El rey, mi padre, pidió para mí la mano de una princesa de la más noble estirpe; ella murió mientras se llevaban a cabo las conversaciones necesarias para concertar la boda. Pidió después la mano de otra hermosa princesa; pero también murió apenas se habían hecho los esponsales. Puse los ojos en otra persona, hija de un rey; cuando yo llegaba a su ciudad, con objeto

de asistir al festín de la toma de dichos, ella murió también. Mi cuarta novia era hija de otro rey: bella como un diamante; sus mejillas eran más hermosas que un rubí tallado; sus ojos, brillantes y penetrantes como los del halcón; después de la boda, murió.

Todavía mi padre pidió para mí la mano de otra doncella, mucho más hermosa que todas las otras. Nos casamos. Dió a luz un niño y pocos días después murió, a la vez que nuestro hijo. Entonces el rey, mi padre, me dijo: «Yo te destinaba para sucederme en el trono y ceñir en tus sienes mi corona; pero la suerte, cuyos decretos son inevitables, se ha pronunciado contra ti. ¡Apártate de mi presencia!» Y vine hasta aquí, en errante viaje por el mundo. ¿Te parece, oh extranjero, que es muy hondo el cimiento de mi felicidad en este mundo?



Por fin, el séptimo de los comensales dichosos, habló en estos términos:

— Yo era el gran señor de Bugdan, en el Kurdistán. Dios me había dado nueve hijos y riquezas sin cuento. Mi palacio, como un



El rey se adelantó hacia el lugar donde los hom

nido de águilas, levantaba sus almenas en la cima de una roca inaccesible para los enemigos. A nada ni a nadie temía yo, fuera de Dios. «¿Qué golpes podrán llegar a alcanzarme en esta altura?» — pensaba.

Ocho de mis hijos eran buenos y obedientes a mis órdenes; el noveno era discolo y rebelde, de mala ralea y condición. Vi morir uno tras otro a mis hijas, a mi esposa, a mis ocho hijos buenos. Solamente me quedó el otro hijo, el malo. ¿Qué había de hacer con él? ¿Matarlo? Era mi hijo. No pude do-



mpores dichosos celebraban el banquete (pág. 90).

minarlo. Disipó mis tesoros en unión de sus cómplices, y acabó por expulsarme del reino y ponerse en mi lugar. Por eso estoy aquí. ¿Seré yo, ¡oh, extranjero!, el hombre feliz que tú buscas tan afanosamente?

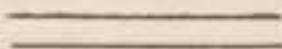


El rey estaba asombrado, al ver lo engañosas que son las apariencias. Ingenuamente les contó su historia y sus andanzas por el mundo en busca del hombre sin pe-

nas ni preocupaciones. Uno de aquellos comensales, le dijo:

— Si eres rey, ¿por qué has dejado tu reino y llevas esta vida errante e inútil? Si todavía quedase en el fondo de tu alma un sentimiento de pudor, ¿no te bastarían tantos ejemplos de envilecimiento? ¿Es decente que un rey oiga todo esto? ¡Sal de aquí; aléjate sin tardanza; vete a gobernar tu reino, que es lo mejor que puedes hacer!

Y el rey partió entristecido.



EL CADÍ Y LOS PICHONES

HABÍA, hace ya mucho tiempo, en Tetuán un hombre llamado Abdelaziz, que era aficionado a comer bien. Como estaba en posición desahogada y sus rentas le producían para vivir sin necesidad de trabajar, podía permitirse el lujo de darse una vida regalona: no era raro verlo atravesar las calles de la ciudad, en dirección a la mezquita mayor, con su *tebda* debajo del brazo (alfombrilla que emplean los moros para sentarse mientras hacen la oración), su chilaba de colores chillones, su turbante blanco, sus babuchas nuevas...

Un día compró en el zoco media docena de pichones, tiernos y gordos, los llevó a casa, los degolló, y mandó a sus criados que los deplumaran; y después él mismo se puso

a hacer todas las operaciones necesarias para preparar un buen plato. Abrióles el buche, les sacó los intestinos, aunque dejando dentro el hígado, y los lavó siete veces. Los ató luego por parejas, los metió en una olla y en ella puso además miel, pasas, cebolla, canela, manteca rancia, aceite, pimienta, azafrán y un poco de sal; le echó como dos cucharadas de agua, tapó la olla con un papel, y la llevó, con un criado, al hornero, al cual dijo:

— Toma, maestro, esta olla: cuécemela; aquí tienes tu sueldo.

El hornero tomó la olla y el dinero, y puso aquélla al fuego dentro del horno, diciendo a Abdelaziz:

— Señor, dentro de una hora puedes venir a recogerla.

— Vendré — contestó satisfecho el cliente, y se marchó, relamiéndose al pensar en el succulento festín que le esperaba.



Momentos después pasaba por delante del horno el cadí Bennani, acompañado por su sirviente. Notó el olorcillo que despedían

los pichones de Abdelaziz, y se despertó su apetito.

— ¿De dónde saldrá este tufillo tan agradable? — preguntó a su acompañante.

— Del horno, señor — le contestó.

— ¿Del horno? Pues anda y dile al hornero que te dé inmediatamente lo que está cociendo; que se lo mando yo, el cadí Bennani.

El criado fué a cumplir el encargo y espetó al hornero:

— El cadí Bennani te ordena que me entregues la olla que se está cociendo.

— ¿Qué dices? — preguntó extrañado el hornero.

— Que me des la olla que despide tan buen olor, que te lo manda el cadí Bennani.

— No puede ser; querido — le contestó muy cumplidamente —. ¿No ves que esta olla es de un señor y vendrá a recogerla?

El criado transmitió al cadí tal contestación, y Bennani, en persona, se dirigió al hornero y le preguntó con zalamerías:

— Pero hombre, ¿por qué no puedes darme la olla?

— Señor, tiene su dueño — contestó el hornero.

— ¿Qué importa eso? — le dijo el cadí. Y empezó a hablar y a convencer al hornero de que debía entregarle a él la olla de los pichones.

— ¿Y qué le digo yo al dueño cuando venga a llevársela? — preguntaba el hornero como principiando a ceder.

— ¡Cosa más fácil! Si viene y no encuentra su olla, de seguro que te amenazará con querellarse de ti ante el caid; pues tú le dices que se querelle ante el cadí y te vienes con él ante mi tribunal. No dejaremos de encontrar un medio de librarte.

Cedió, al fin, el hornero, por miedo al cadí, y le entregó la olla con los pichones, que ya estaban cocidos. El cadí mandó a su criado que la cogiera, y precipitadamente salió del horno y se dirigió a su casa por callejas apartadas y solitarias.

Al poco rato Abdelaziz se presentaba en el horno en busca de sus pichones.

— ¿Qué pichones ni qué olla es esa? — contestó, displicente, el hornero —. ¿Tengo yo alguna olla tuya?

— ¿Que no tienes tú una olla mía? — gritó Abdelaziz, saliéndosele los ojos por las órbitas —. ¿Que no te he entregado yo ha-

ce menos de una hora una olla con seis hermosos pichones y te he pagado tu salario por cocerlos?

— Yo no tengo nada tuyo, ni te he visto jamás — replicó el hornero con calma —. ¡Déjame en paz!

E hizo ademán de retirarse.

— ¡Cómo? ¡Que te deje en paz? — exclamaba, furioso, Abdelaziz —. ¡Ladrón, canalla! ¿Así se roba al prójimo? ¿Crees que eso se puede hacer impunemente? Pues te equivocas. Ahora mismo vas a venir conmigo a presencia del caid, y allí veremos si yo te he dado o no te he dado para cocer una olla con seis pichones.

Y le cogía del brazo, le zarandeaba, tiraba de él para sacarle a la calle y llevárselo consigo. De pronto el hornero empezó a gritar más fuerte que Abdelaziz y decía:

— ¿Que al caid? No, no, al cadí te llevaré yo para que pruebes esas mentiras que estás diciendo. Al cadí Bennani, a ése, que es justiciero y recto: veremos si en su presencia tienes tantos humos.

— ¡Mentiras yo? — bramaba Abdelaziz —. Vamos donde tú quieras; vamos al cadí Bennani, y ya verás cómo pagas tu delito.

Y sin dejar de gritar y de lanzarse mutuamente improperios, salieron a la calle y se encaminaron a la morada del cadí Bennani, que seguramente habría ya dado cuenta de los pichones que Abdelaziz preparara y que tan succulentos debieron de estar. El glotón Abdelaziz no tenía tiempo de pensar en lo que había perdido, enfrascado en su pelea y en sus gritos y justificadas lamentaciones.



Conforme iban calle adelante se encontraron con una escena desagradable: a un pobre arriero, que venía con su burro cargado de yeso, se le había caído la bestia en medio del arroyo y, como era muy viejecito, no podía levantarla él solo. Acercóse a Abdelaziz y al hornero, que en aquel momento pasaban por su lado, y, dirigiéndose al hornero, le rogó con humilde acento:

— ¡Señor! Ven y haz el favor de ayudarme a levantar mi burro, que yo no tengo fuerzas. ¡Dios te bendiga!

Y el hornero, suspendiendo por un instante su pelea, se adelantó a ayudarle. Con la rabia que llevaba en su alma, cogió la

bestia por la cola, y empezó a tirar con tanta fuerza, que la cola se arrancó y se le quedó entre las manos. Allí fueron de oír los gritos que el arriero daba.

— ¡Bárbaro! Me has arruinado para toda la vida. ¡Mi pobre bestia! ¿Qué voy a hacer



Con tanta fuerza tiraba el hornero de la cola, que se quedó con ella entre las manos.

yo ahora sin medios de ganarme el sustento?

— ¿Qué culpa tengo yo — gritaba el hornero — de que tu burro sea más viejo que tú y de que se desmorone como las paredes de una casa ruinoso? De más he hecho que he querido ayudarte.

— Pero debías haber tenido mejores mo-

dales y tratar con más dulzura a mi pobrecito animal — decía casi llorando el arriero.

Total: que acabaron también por llevar su querrela ante el cadí Bennani. Y, a todo esto, sin dejar de gritar y de insultarse, y sin parar mientes por dónde andaban ni con quién se tropezaban. Por lo cual, no vieron que por una calle en la que acababan de entrar, que era bastante estrecha, venían, en dirección contraria a la suya, cuatro hombres que llevaban a su abuelo en un cesto: tan viejo era el infeliz, y tan enfermo, que no podía andar un paso.

El hornero, en uno de sus constantes manoteos, dió un puñetazo al anciano que iba en el cesto, con tan mala fortuna, que lo dejó muerto en el acto. Calcúlese el escándalo que sus cuatro nietos armarían y el revuelo que se movería por el barrio. Todo eran chillidos, todo eran lamentos; se arremolinó la familia del difunto para llevárselo, y los nietos, sin soltar al hornero, lo llevaron también ante el juez para que respondiera de su homicidio.

Por fin el hornero respiró al verse en la puerta del cadí Bennani. Ya pensaba estar

pronto libre de tantas y tantas reclamaciones. Esperaron todos los reclamantes a la puerta del cadí a que éste saliera, y a un judío que al acaso por allí pasaba, se le ocurrió la malhadada idea de aproximarse al corro para ver qué ocurría y cuál era la causa de la pelea. Y el hornero, que seguía manoteando furiosamente, acertó a meter un dedo por un ojo del judío y se lo vació.

La llegada del cadí evitó el último escándalo que fatalmente se hubiera producido; pero el judío esperó pacientemente para querrellarse ante el juez contra aquel hornero furioso que lo había dejado tuerto.



El cadí empezó a administrar justicia. Pasó primero el hornero con Abdelaziz, dueño de la olla con los pichones. Y el juez preguntó al glotón:

— ¿Qué te pasa? ¿Cuál es el motivo de tu queja contra este hornero?

— ¡Señor! — le respondió humildemente —. He preparado una olla con seis pichones, se la he llevado yo mismo al horno para que me la cociera, y cuando he vuelto a recogerla, me la niega.

— ¿Dónde está esa olla? — preguntó muy serio el cadí al hornero.

— ¡Señor! — contestó con medias palabras —. Sí..., yo recibí de este hombre una olla; pero...

— ¿Pero qué? — inquirió apremiante el cadí —. Dí pronto lo que ha pasado.

— Que cuando yo estaba cociéndola, he visto asombrado que los pichones, comenzando a volar, se han salido de la olla, la han cogido y estampado contra el suelo.

— ¡Loado sea Dios, el alto, el grande! — exclamó con hipocresía el cadí —. Acaso los haya querido para sí el Señor, y por eso los ha resucitado, pues ya dice en el sagrado Alcorán: «Alabado sea quien resucita...» Márchate, hijo mío, márchate — dijo a Abdelaziz en tono muy meloso —; no le reclames nada a este pobre hombre, y siente en tu corazón el orgullo de haber preparado una comida tan excelente que...

Abdelaziz, mohino y confuso, no oyó el final de la perorata que el cadí empezaba a echarle, y se marchó silencioso y pensativo. El cadí siguió administrando su justicia.

Tocó el turno al arriero, que había visto inutilizado su burro en medio de la calle.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó el cadí.

— ¡Señor! Que se me ha caído mi bestia en la calle, y este hombre ha venido a ayudarme a levantarla, y con tanta fuerza y tan brutalmente ha estirado de ella, que le ha arrancado la cola.

— ¿Es verdad lo que dice este hombre? — preguntó el cadí al hornero que, impasible, presenciaba aquellas escenas.

— Verdad — contestó —; pero yo no lo hice a propósito, sino que mi idea era ayudarle.

El cadí falló el caso, tras breve reflexión, diciendo al arriero:

— Dale tu bestia al hornero para que la alimente y la utilice hasta tanto que le crezca la cola; y cuando le haya crecido, que te la devuelva sin excusa ni pretexto.

— No, señor, no — exclamó el arriero, al ver el cariz que el asunto tomaba —. Lo perdono, lo perdono.

Tocó el turno a los nietos que habían perdido a su abuelo. Una vez que el cadí les hubo preguntado qué les sucedía, dijeron:

— ¡Señor! Nosotros íbamos por la calle con nuestro abuelo, y lo llevábamos en un cesto, porque era muy viejecito y no se po-

día mover; este hombre venía gritando y manoteando como loco, sin fijarse por donde andaba, y le dió tal golpe, que lo dejó muerto en el acto.

— ¿Es cierto? — preguntó el cadí al hornero, dirigiéndole una mirada como queriéndole decir: «¿Cuántos líos has armado en un minuto?»

— Cierto — contestó el hornero abochornado —; fué sin querer.

— Llevaos al hornero — dió como fallo el cadí a los nietos —, dadle de comer y de beber; casadlo luego; él tendrá hijos; sus hijos los tendrán a su vez, y él mismo se volverá tan viejo como vuestro abuelo el que murió. Entonces, cuando este granuja sea tan viejo como él, matadlo también vosotros de un puñetazo.

— ¿Y para qué nos vamos a tomar esta molestia y a gastar dinero con él? — replicaron los nietos —. Que Dios lo perdone, como nosotros lo perdonamos.

El hornero iba respirando. Pasó, por fin, el judío, que sin meterse en nada había perdido un ojo. A la pregunta del cadí sobre el motivo de su querella, contestó:

— ¡Señor! Yo estaba de pie mirando la

pelea que estos hombres traían y este hornero me vació mi ojo.

— ¿Es cierto? — preguntó el cadí al hornero.

El hornero se limitó a afirmar con un movimiento de cabeza. El cadí falló el caso, encarándose con el judío:

— Ya sabes que dos judíos valen por un musulmán; por tanto, si le dejas que te saque el otro ojo, tú tendrás derecho a sacarle uno a él.

El judío se alejó rápidamente, diciendo:

— Lo perdono, lo perdono.

Como no había más juicios que resolver, la gente se marchó y se quedaron solos el cadí Bennani y el hornero.

— Hombre, buenos estaban los pichones — terminó el cadí —, pero no para tantos querellantes como me has traído. Ya ves que cumplí lo que te prometiera: te he librado de todos. ¡Que Dios te ampare!



Volviendo el cuento al de la olla, Abdelaiz dijo para sus adentros:

— El cadí me ha engañado miserablemente; yo tengo que engañarlo a él,

Fuése al zoco y compró un hermoso carnero, se lo llevó a su casa y lo estuvo cebando hasta que llegó la fiesta grande. Unos diez días antes de la fiesta, se dirigió a un comerciante rico, que tenía una tienda, y le ofreció su carnero en venta.

— Tengo un carnero superior y deseo venderlo. ¿Quieres verlo?

Y como tanto le alabara las excelencias del animal, decidióse a verlo. Le gustó, y se ajustaron en el precio de diez duros. Pagólos el comerciante, y trató de llevarse el carnero; pero Abdelaziz le dijo:

— ¡Quita, hombre! ¿Para qué te lo vas a llevar y te vas a molestar en cuidarlo? Déjalo aquí hasta el día de la fiesta; a mí no me estorba; entonces vienes y te lo llevas.

Esta misma operación hizo Abdelaziz con un segundo, con un tercero, hasta con diez personas. A todos les cobró los diez duros y a todos les ofreció guardarles el carnero hasta el día de la Pascua.

La vispera cogió Abdelaziz su carnero y lo llevó al cadí Bennani.

— Mira este carnero — dijo.

El cadí se acercó, le tocó en el lomo, para ver si estaba gordo, y le dijo:



Abdelaziz vendió hasta diez veces el mismo carnero.

— ¡Superior! ¡De primera! ¡Vaya pieza!

— Pues, mira — le dijo Abdelaziz —, lo he vendido diez veces. Y como ya puedes figurarte lo que se me avecina, vengo para que me enseñes una palabra que yo conteste a los querellantes y no les entregue el carnero, ni les devuelva los duros. El carnero será para ti y los dineros me los quedaré yo.

— ¿Nada más? — preguntó el cadí, relamiéndose de gusto en pensar lo bien que iba a pasar la Pascua grande —. Pues mira, a todo el que vaya a tu casa reclamando el carnero, le contestas «baa»; y cuando se querellen contra ti y te traigan al Tribunal, dime a mí también «baa», y no hables ni pronuncies más palabra que ésta: «baa», «baa».

Abdelaziz salió, llevándose por delante su carnero; lo ocultó cuidadosamente y pasó la noche durmiendo tranquilo.

El día siguiente, que era el de la fiesta grande, Abdelaziz salió muy temprano y se sentó a la puerta de su casa. No tardó en venir la gente a buscar el carnero.

El primero que llegó saludó muy atentamente, le deseó felicidades en aquellos días y le dijo:

— Dame el carnero que te compré.

— ¡Baa! — contestó Abdelaziz.

Insistió el otro, gritó, amenazó; pero Abdelaziz sólo decía: «¡Baa!, ¡baa!» Vinieron el segundo, el tercero... Hasta los diez se reunieron a la puerta, y a todos decía con cara impasible: «¡Baa, baa!»

Viéndose burlados los compradores, cogieron a Abdelaziz y lo llevaron a la presencia del cadí Bennani. Llamaron a su puerta, y cuando salió le expusieron el caso:

— ¡Señor! Este hombre nos vendió un carnero; somos diez, y cada uno se lo pagamos y a cada uno nos prometió entregárnoslo el día de la Pascua. Pero ahora, cuando hemos venido, sólo nos da por respuesta: «Baa, baa.»

El cadí entonces, muy enfadado, se encaró con Abdelaziz y le preguntó:

— ¿Dónde está el carnero que has vendido a esta buena gente? ¿Te has atrevido a tener la desvergüenza de vender un carnero y cobrarlo diez veces? ¡Contesta!

— «¡Baa!» — dijo Abdelaziz.

— ¿Cómo? ¿Te burlas? — exclamó furioso el cadí —. Habla pronto, si no quieres que te dé una paliza.

— «¡Baa!» — seguía dando por toda contestación Abdelaziz.

Y así una vez y otra y otra, hasta que el juez, viendo que no había medio de arrancarle otra palabra, dijo a los querellantes:

— Este hombre está loco, y los locos no tienen capacidad legal para comprar ni para vender. Marchaos, pues, en paz, y felices Pascuas.

Y así que hubieron salido, el cadí Ben-nani dijo a Abdelaziz:

— ¿Ves qué fácil ha sido la cosa? Ya te he librado de ellos y puedes estar tranquilo. ¿Dónde está el carnero?

— «¡Baa!» — le contestó.

Siguió el cadí hablando con él; pero no obtuvo otra contestación sino «¡Baa, baa!» Hasta que por fin habló, y le dijo:

— ¿Te acuerdas del día que me engañaste y te comiste mis pichones? ¿Qué buenos te sabrían, verdad? Pues ahora te he engañado yo a ti. Me voy a degollar el carnero, y tú, ¡por Dios!, que no has de catarlo siquiera. ¡Felices Pascuas!

Y salió rápido, dejando chasqueado al cadí.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
LAS RUINAS DEL MOLINO.....	7
EL ESPEJO ENCANTADO.....	29
LA ESPOSA DEL DRAGÓN.....	56
EL BANQUETE DE LOS DICHOSOS.....	85
EL CADÍ Y LOS PICHONES.....	107

1871

1871
1871
1871
1871
1871

1871

